This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

PQ
7499
E7A17
1902
SAL

POESÍAS

DE

DOMINGO ESTRADA

GUATEMALA

Impresas en la Tipografía Nacional

1902

D. Estevao

ACUÉRDATE DE MÍ!....

DE ALFRED DE MUSSET.

Acuérdate de mí cuando la aurora
con su dorada luz incendie el cielo;
cuando pase la noche, soñadora,
bajo su obscuro y constelado velo;
cuando al placer sonrías, sintiéndote dichosa;
cuando á soñar te invite la sombra misteriosa ....
allá en el bosque, llena de ternura,
mi voz oirás, que se dirige á tí:
mi amante voz, que sin cesar murmura:
acuérdate de mí!

Acuérdate de mí, cuando inclemente,
de tí me haya el Destino separado,
y hiera el infortunio mortalmente
mi pobre corazón desesperado ....
Piensa en aquella triste, suprema despedida;
recuerda que quien ama, cual yo, jamás olvida ...
Mientras exista, latirá en mi sen
mi cariñoso corazón por tí;
y siempre te dirá, de pasión lleno:
acuérdate de mí!

Acuérdate de mí cuando el sufriente
corazón duerma ya bajo una losa,
y abra en ella su cáliz, dulcemente,
la solitaria flor, triste y piadosa . . . .
Aun cuando no me veas, mi espíritu velado,
cual fiel hermano tuyo, descenderá á tu lado;
y el aura suave que en la noche gira
el eco errante llevará hasta tí
de alguna voz, que gime y que suspira:
acuérdate de mí!

Guatemala, 1876.

VISIÓN

Ton regard dit: matin,
et ton front dit: printemps.

VICTOR HUGO.

En tí la gracia á la beldad se hermana:
La suerte para tí fué lisonjera.
Tu límpido mirar dice: «mañana,»
Tu frente: «primavera.»

Con la suave expresión de una madona,
Tienes los ojos de la criolla ardiente;
Y un no sé qué de puro, que corona
Tu pensativa frente.

Y tus labios, que besan los amores,
Abres al rayo de ilusión temprana,
Cual sus fragantes pétalos las flores
Al sol de la mañana.

Si al prado vas, la leve mariposa
Dirige á tí su caprichoso vuelo:
Y la pálida estrella misteriosa
Te besa desde el cielo.

Si dos palomas, que de amor palpitan,
Te ven pasar, suspenden su querella:
Sus níveas alas en el aire agitan,
Y se dicen: «es ella!»

Si la alondra te ve, con alegría
La nota eleva de su voz sonora,
Diciéndose: dos veces este día
se levantó la aurora!

Las flores, cuando pasas sonriente,
Tan bella cual la luz de la mañana,
Esparciendo su aroma en el ambiente,
Saludan á su hermana.

Y el albo lirio, la arrogante rosa,
Y la violeta de tan suave olor,
Te envían con el aura silenciosa
Sus mensajes de amor.

A tu paso se eleva entre las palmas
De las canoras aves la canción:
Y también desde el fondo de las almas
Un canto de ilusión.

Levanta así la tórtola su arrullo,
Se coloran los cielos de arrebol,
Y se oye de las brisas el murmullo
Cuando aparece el sol.

Que tanto, niña, tu belleza alcanza,
Pues tu frente lilial dice: «candor,»
Está escrito en tus ojos: «esperanza,»
Y en tus labios: «amor.»

Ah! feliz el que, amándote, se mire
En tus ojos, más puros que el cristal;
El que el perfume delicado aspire
Del lirio virginal!

Feliz quien libe el néctar delicioso
De tus labios, tan dulces y risueños;
Y enlazada, te lleve al misterioso
Palacio de los sueños!

Feliz el que verá tu blanca frente
Por las rosas teñida del pudor,
Cuando abrirá tu cáliz dulcemente
Con un rayo de amor!

1878-1900.

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO

Una tierra, sus frutos ocultando,
avara é inclemente,
sobre la cual la humanidad, soñando,
trabaja tristemente;
y que con flaca y miserable espiga
devuelve tanto afán,
compensando su amarga y cruel fatiga
con un poco de pan . . . . . .
Ciudades que abandonan, sollozando
bajo luctuoso velo,
La Paz, la Fe, la Caridad, alzando
sus brazos hacia el cielo . . . . . .
Palacios, donde reina la perfidia,
que habita el poderoso:
y que el pobre, roído por la envidia,
contempla silencioso . . . . . .
Siendo víctima siempre la inocencia
del crimen triunfador;
vendiendo el hombre al oro su conciencia,
y la mujer su amor . . . . . .
Ocultando en su seno el bosque umbroso
los tigres destructores:
y de la avispa el dardo venenoso
las perfumadas flores . . . . . .

Aquí, el desierto, inexplorado, solo,
terrible, abrasador . . . . . .
y allá, velado en su misterio, el polo,
sin luz y sin calor . . . . . .
La tempestad su cárdena serpiente
sobre la mar fulgura,
que llena con su cólera imponente
la inmensidad obscura;
y que, terrible, con furor que asombra
sus olas encrespando,
deja entrever, envueltos en la sombra,
mil mástiles temblando . . . . . .
De la guerra jamás la antorcha fría,
que de arder ha sin fin . . . . . .
el hombre reproduce día á día
el drama de Caín.
Que por doquier . . . . ¡decreto misterioso
del Destino funesto!
se libra duelo eterno y espantoso! . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
Y que TODO ESTO
forme en el cielo un astro luminoso!!! . . . .

Guatemala, 1878.

EL SUEÑO DE UNA VIRGEN

Miradla! . . . cómo duerme! . . . reclinada
sobre su brazo de sin par blancura
la soñadora frente, coronada
por la diadema de oro de sus rizos,
la niña delicada,
la de celeste y cándida hermosura! . . . .
Es su boca un estuche delicioso
de perlas exquisitas:
fresco clavel, de cáliz oloroso,
que entreabre apenas un suspiro leve:
suspiro misterioso
que agita el seno de apretada nieve.
Sombrea la sedosa
pestaña su mejilla, que á la rosa
celos inspira y al clavel enojos;
se adivina, no más, cuál mirar deben
y cómo enloquecer al que ellos miren,
sus orientales ojos:
y en su pálida frente se ve impreso
de ensueño virginal el casto beso.—
Como celeste aparición radiosa,
duerme allí, dulcemente,
la niña deliciosa,
por ricos sueños de ilusión mecida,

oyendo la canción que de las almas
se eleva en la mañana de la vida;
duerme y sueña, velada por el ángel
que es de la virgen el guardián divino . . . .
En qué puede soñar? . . . . yo lo adivino:
Es pura, como el rayo de una estrella:
Es dulce, cual la flor de la campiña . . . .
En qué puede soñar la que es tan bella?
en qué puede soñar la que es tan niña?

II.

Sueña en profundos bosques rumorosos,
llenos de cantos, músicas y aromas,
do se llaman de lejos las palomas
con dulces ritornelos quejumbrosos.

Donde tiene un acento conmovido
cuanto vive, palpita, goza y ama:
y hay un canto feliz en cada rama,
y un dúo de ternura en cada nido.

Donde abre de su cáliz el tesoro
la delicada flor á sus amantes,
las armadas líbelulas brillantes,
las mariposas con sus mantos de oro.—

O sueña divagar con lento paso
por la orilla del mar, oyendo á solas
el misterioso canto de las olas,
á la hora grata y triste del ocaso.

O en esas noches, sobre todas bellas,
en que reina doquier profunda calma,
y en que caer parece sobre el alma
la dulce claridad de las estrellas;

en que la flor nocturna abre las galas
de su corola, de perfumes llena,
su himno de amor levanta Filomena,
y extiende Psiquis sus celestes alas.

Se sueña, tal vez, amada
por andante caballero,
que un reino conquista entero
con su lanza y con su espada.

Sueña locos devaneos
con romancescos amantes,
trovas de bardos errantes
y proezas de torneos.

Juez en las cortes de amor
se vé, con noble arrogancia,
inspirando la constancia,
recompensando el valor.

En palacio misterioso
se vé, princesa encantada,
esperando la llegada
del adalid victorioso,

que mata al fiero dragón,
tras un combate reñido,
y á sus pies pone rendido
su trono y su corazón.

O se finge en el serrallo
ser odalisca guardada,
tornando de una mirada
á su rey en su vasallo.

Y sueña, en dulce mentira,
ver con su lujoso traje,
á un joven abencerraje
que, al pasar, calla y suspira.

Así, encantadas quimeras
se deslizan por su mente,
soñando el bosque, la fuente,
lagos, ríos y praderas,

cielos de dulce arrebol,
suspiros de arpas eolias,
pensiles do las magnolias
nacen al beso del sol;

secretas citas de amores,
guzlas de notas divinas,
cantos de ocultas ondinas
y endechas de trovadores.

Sueña en deleitosa calma
mil quimeras imposibles . . . .
fantasmas sólo visibles
para los ojos del alma:

del alma, que escucha inquieta,
esos cantares sin nombre
que apenas percibe el hombre
y entiende sólo el poeta . . . .

Así sueña dulces cosas
la niña de blanca frente,
la de la mirada ardiente,
la de pestañas sedosas,

la de ojos do no hay engaños,
de labios puros, risueños . . . .
. . . . . .
Así deben ser los sueños
de una niña de quince años.

III.

Pero nó! . . . que la niña está á mil leguas
de soñar tan poéticas patrañas,
á pesar de sus ojos hechiceros,
que velan sus magníficas pestañas,
de su cándida frente alabastrina,
de su lilial belleza peregrina,
de mi ilusión . . . . y de sus quince eneros . . . .
La niña está soñando en que su tío
le dará los pendientes de esmeraldas
que contempló en la tienda de un judío;
en que papá, (el de ella, por supuesto,)
la obsequiará, para su santo, el traje
dernière mode de París, color de rosa,
el de fichúes de espumoso encaje,
que, aunque ella declaró gustarle mucho,
y á pesar de sus lagrimas y besos,
no ha querido comprar, (es algo *chucho*)
porque piden por él setenta pesos;
sueña en que el teatro se abrirá el domingo,
y en que, á oír la Traviata, que ella admira,

es bastante posible que la lleven,
pues tomará su madre medio palco,
si le pagan un pico que le deben;
sueña en que irá Paquito, el dependiente,
de smoking,—(y es Paquito,
cuando se pone smoking tan bonito! . . . .—)
y en que toda la noche, ardientemente,
la mirará de abajo, en su luneta,
cual si él fuera un astrónomo,
y ella fuese rarísimo cometa . . . .
pero piensa, también, con amargura,
en que irá su amiga íntima, Julieta,
esa chica tan cursi y tan coqueta,
que se cree por Paquito pretendida;
y en que irá la muy tonta y presumida
con aquel prendedor, de perlas lleno . . . .
y ella no llevará sino unas rosas,
unas vulgares rosas sobre el seno.
Sueña, por fin, en exquisitos trajes,
llenos de perifollos y de encajes,
y hechos de telas sumamente caras:
en sombreros con plumas de dos varas:
en botitas de innúmeros botones,
plantadas sobre altísimos tacones:
en bellos abanicos, en sombrillas
de todos los colores, en mantillas,
en pulseras, collares y pendientes,
y en tener numerosos pretendientes,
que sean guapos, aunque sean zotes,
que usen anillos, dijes y cadenas,
que tengan pantalones por docenas
y lleven muy rizados los bigotes.

Así sueña la virgen candorosa,
la dulce niña que á vivir empieza,
la que es tierno botón, antes que rosa,
la de lilial y cándida belleza . . . .
Así sueña la niña deliciosa,
y por eso un suspiro agita el breve
virgíneo seno de apretada nieve . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Ay! qué graciosos son, qué originales,
los chascos del poeta
que ciertos sueños á forjar se atreve!
Qué nobles y qué bellos ideales
los de este fin de siglo diez y nueve!

Guatemala, 1881.

SI TUVIERAN ALAS

IMITACION DE VICTOR HUGO

Siempre hacia tí mis versos volarían,
Cual vuela hacia el clavel la mariposa,
Si pudieran mis versos tener alas,
Cual las tienen las cándidas palomas.

Como la alondra vuela hacia su nido,
Si, quejoso, su amante la reclama,
Siempre hacia tí mis versos volarían,
Si alas tuviesen, cual las tiene el alma.

Siempre hacia tí, cual rumoroso enjambre,
Volarían mis versos peregrinos,
Si tuvieran las alas misteriosas
Con que vuela el Amor al Infinito!

Guatemala, 1882.

A HOMERO

ODA

Cantor de Ilión! . . . en tanto que haya un hombre
Viviendo en el planeta
Que tú llenaste, con tu egregio nombre,
Del triste olvido el tenebroso velo
No cubrirá tu altísima memoria:
Pues tú, vate inmortal, más todavía
Fuiste, que un grande y sin igual poeta,
El padre de la sacra poesía;
Y siempre brillas en la humana historia
Como brilla en el cielo,
Eclipsando á los otros con su gloria,
el astro-rey, el luminar del día!

Podías, cual los dioses, tus iguales,
Con tu genio fecundo y poderoso,
Tornar á los humanos inmortales:
Que, si al cantar, un nombre pronunciabas,
Ese nombre feliz, vuelto famoso,
Y unido al tuyo, al porvenir legabas . . . .
Así, al través de los brumosos siglos,

Conocemos á Aquiles, el guerrero,
Hasta la muerte invicto, cuyo acero
Fué tan nefasto á la troyana gente;
Admiramos á Ulises, el prudente;
Recordamos la fuerza formidable
Del gigantesco Ayax; y al fiel amigo,
A Patroclo, llorado por un héroe,
Y vengado por él tan fieramente;
A las terribles huestes que consigo
Arrastró Agamenón, cuando quería
Con la sangre del mísero troyano
Lavar la mancha que encontrara un día
En el honor de su ofendido hermano;
Recordamos de Helena la hermosura;
La fatal seducción del bello Paris;
De Diomedes y de Héctor la bravura;
De Eneas la constancia valerosa;
La excepcional ternura
De Andrómaca, la fiel y casta esposa . . . .
Y tanta fiera lid, en que gigantes
A gigantes libraban rudo duelo
Con tal saña y furor, que al contemplarlos,
Abrazando sus causas con anhelo,
Y cual ellos de furia delirantes,
Los dioses batallaban en el cielo! . . . .

Y esos campos, do en noches silenciosas,
Se oye del cuervo el fúnebre graznido,
Al estertor del moribundo unido . . . .
Y en donde el ave del sepulcro bate
Sus alas tenebrosas
Cuando acaba el horrísono combate! . . . .
Que jamás una nota

De tu laúd divino fué perdida:
Que á todo tu pincel da eterna vida,
Y en mármol grabas, que respeta el tiempo,
De los héroes las trágicas proezas:
Y á los humanos tornas semi-dioses,
Y aumentas de los dioses las grandezas! . . . .

Ruedan unas tras otras las centurias,
Y más y más la humanidad te admira;
Las liras todas que después vibraron
Pequeñas son al lado de tu lira;
Toda gloria es pigmea ante tu gloria:
Que eres tú de la Grecia lo más grande,
Y es Grecia lo más grande de la Historia . . . .

Oh poeta feliz, que admiro tanto!
Si en vez de este laúd, oscuro y triste
Con que tu gloria canto:
De este laúd ridículo contraste
Del épico laúd, con melodiosas
Vibrantes cuerdas de oro,
Que en tu grandiosa inspiración pulsaste,
Yo tuviera en mis manos temblorosas
El laúd con que al hijo de Peleo
Y á los guerreros de la Ilión cantaste;
Si ese laúd sublime fuera mío . . . .

Corriendo lo llevara al montepío:
Y saldría, talvez, de mis apuros,
Pues al saber quién fuiste, aquel judío
Daríame sobre él unos diez duros.

1882.

EL RESUCITADO

VERSION LIBRE DE UNA "CONTEMPLACION,"
DE VICTOR HUGO

Oh pobres madres, que el pesar acosa!
tristes vestales de un dolor sin calma!
las que dejado habéis bajo una losa
el pedazo más dulce de vuestra alma:
las que lleváis el corazón deshecho,
y no viendo en la vida sino abrojos,
tenéis de sollozar cansado el pecho,
tenéis quemados de llorar los ojos! . . . .
oh, no desesperéis! . . . . que son oídos
todos los gritos del dolor humano,
los gemidos, los ayes pesarosos,
por El que tiene en su divina mano
los pequeñuelos pájaros perdidos
que llenaban de arrullos rumorosos
los hoy helados y desiertos nidos.

Vuelve á brotar sobre la misma loma
la flor que en otro tiempo allí se alzaba;
la que vísteis volar, blanca paloma
torna á la rama donde ayer posaba:

la muerte y la existencia son arcanos:
enigmas hay que la razón no explica:
la aurora y el ocaso están cercanos:
con la cuna el sepulcro comunica:
brilla tras fosca noche la mañana:
la clara luz es de la sombra hermana:
cadena, del mortal desconocida,
eslabona los cielos con la tierra;
y el profundo secreto de la vida,
la misteriosa eternidad lo encierra.

Hermosa era la joven, cuya historia
á relataros voy — tal cual la guardo
grabada en mi memoria; —
alma de niño y corazón profundo,
del que llenó sus sueños fué la esposa;
y si la dicha existe sobre el mundo,
amando y siendo amada, era dichosa.
Satisfecha y feliz, sólo un deseo
en su sencillo corázón latía:
estrechar de ese amor los tiernos lazos,
y lo colmó; y el venturoso día
que un blondo niño contempló en sus brazos,
realizando tan dulce pensamiento
creyó morir de celestial contento.

Como debe dormirse sin recelo,
en el caliento nido y bajo el ala
de la paloma, el tímido polluelo,
el niño se dormía
de la inocencia con la dulce calma;
y ella, orgullosa, inmóvil, á su lado,
á quimeras sin nombre abría el alma;

silenciosa á sus sueños sonreía
sobre su hijo ilcilnada: y en la sombra,
de amor resplandecía su mirada . . . .
y cual cantan las aves cuando el día
las altas cumbres de los montes dora,
cantaba ella, también, ante esa aurora.

Lo arrullaba en sus brazos todo el día:
y con voz que temblaba de ternura,
quedamente, al oído le decía
frases de amor, palabras deliciosas,
que eran casi un gorjeo y casi un canto:
lo llamaba «su encanto,
su tesoro, su rey!» . . . . mil dulces cosas!
notas del santo, sin igual cariño,
que sólo puede hallarlas una madre,
y que tan sólo las comprende un niño . . . .
«mi ángel, mi amor, mi gloria, mi tesoro!» . . . .
llenábale de besos las mejillas,
la blanca frente, los cabellos de oro,
la boca, que caricias ya ensayaba,
la breve manecita, el pié menudo . . . .
y cuando, con dulce éxtasis, desnudo,
largo rato, en silencio, lo miraba,
sentíase feliz . . . . Lo idolatraba!

Temblando, como el lirio en la llanura,
aquel niño creció: tuvo tres años.—
Bella edad, de inocencia y de ventura!
en el botón colúmbrase la rosa:
se rompe la crisálida,
y empieza á rebullir la mariposa;
principia en ella á descorrerse el velo:

abre el alma su broche hacia la vida;
y la mirada se levanta al cielo,
para beber la luz desconocida . . . .
en ella, la palabra,
reflejando esa luz, ya se revela,
y cual joven alondra,
tiende las alas, é insegura vuela.

Crecía el niño, y á la par crecía
el amor de la madre y su prolijo
su inagotable anhelo; ella decía,
orgullosa y feliz: este es mi hijo!
y á todos repetía: cómo crece!
miradlo: si es ya todo un hombrecillo!
cómo aprende! . . . . conoce ya las letras!
pero me hace sufrir, porque es tan pillo!
¿os podéis figurar que se resista
á ponerse los trajes que le he dado?
si quiere que como hombre ya lo vista! . . . .
yo le digo que nó: se lo repito:
pero, si es testarudo como él sólo!
con mi paciencia acabará el diablito! . . . .
y el corazón de la gozosa madre
en su pecho latía
con dulcísimo afán: y su mirada,
llena de amor, sus quejas desmentía;
su vida era él: amaba con delirio
á ese niño gentil, ay! si tan blanco,
tan delicado y frágil como un lirio!

Un día triste,—en nuestra vida amarga
todos tenemos esas fechas fúnebres!—
un día maldecido,
el mónstruo pavoroso,

el estrangulador fiero y temido,
el crup! . . . . aproximóse silencioso
á aquel hogar, tan dulce y escondido,
y sobre el niño se arrojó! . . . .
. . . . . la sombra
lentamente invadió sus claros ojos;
de sus labios, ayer frescos y rojos,
como el clavel naciente,
un estertor penoso se escapaba . . . .
y creíase oír dentro del pecho
de la infeliz criatura
que, espantoso y terrible, allí cantaba
el gallo del sepulcro su alba obscura . . . .
. . . . . .
y en vano se luchó! . . . .
La fría muerte
tomólo entre sus brazos, tenebrosa;
y cual se inclina sobre el tallo, inerte,
la marchitada rosa,
aquel ángel murió! . . . .

Las tristes flores!
la cuna, en un rincón abandonada!
esa febril mirada
que interroga, sombría, al infinito! . . . .
la frase balbuciente,
que acaba allí donde comienza el grito! . . . .
los sollozos, aquí, desgarradores! . . . .
allá, secos los ojos! . . . .
. . . . . .
¡Silencio ante los trágicos dolores!

En tanto que su esposo
á su lado lloraba, silencioso,
ella, siniestra, inmóvil, en la sombra,
permaneció tres meses; no comía:
no se sabe qué cosas murmuraba
con fosca voz; y en su aposento obscuro
un solo sitio sin cesar miraba . . . .
ni siquiera lloraba: era su vida
un recuerdo febril: de vez en cuando,
sin un grito, un sollozo, ni un gemido,
de sí miraba en torno,
y muy quedo decía: lo he perdido!

Alguien le dijo al padre: ya precisa
buscar alivio á ese dolor insano:
consolar á la madre que agoniza,
y al niño que murió dar un hermano,

Y pasaron los días y los meses . . . .

Se encontraba una vez ante la cuna
de aquel ángel efímero,
acordándose, triste soñadora,
de todo . . . . de su frente,
de su voz, de su risa encantadora,
de sus azules ojos! . . . . de repente,
sintió que, allí en su seno se movía
un ser desconocido . . . .
y ella palideció: dijo sombría,
¿quién es este extranjero?
y cayó de rodillas, sollozando,
y diciendo: nó! nó! yo no lo quiero!
el pobre ángel que duerme en su sepulcro
tal vez celos tendría;

«tal vez ella lo ama»
el dulce muertecito pensaría;
«y se ríe con él: como conmigo
se encanta y se embelesa:
y lo halla seductor, bello, agraciado:
y lo arrulla y lo besa . . . .
en tanto que yo estoy aquí olvidado!» . . . .
Nó, nó! . . . . yo no lo quiero, repetía;
ya nada anhelo ya para este mundo! . . . .
. . . . . .
Así lloraba ese dolor profundo!

Raudo el tiempo pasó; llegó el instante:
gritó el padre feliz: es otro niño . . . .
pero en aquella casa
era el del padre el único semblante
en que irradiaba el gozo y el cariño,
y el sólo pecho que el placer henchía;
pues la madre, llorando, pesarosa,
sumida en su dolor, permanecía
inerte, pensativa, silenciosa,
y el corazón en lágrimas deshecho . . . .
la llevaron el niño: dióle el pecho
sin mirarlo siquiera . . . . preocupada
del muerto mucho más que del nacido,
y pensando: aquel ángel
se encuentra sólo en su sepulcro ahora! . . . .
y de repente . . . . ¡oh celestial prodigio!
oh tierno corazón vuelto á la vida! . . . .
allí en la sombra, el niño, entre sus brazos,
con dulce voz para ella conocida,
movió sus labiecitos sonrientes,
y la dijo muy quedo:
soy yo, mamá! soy yo! . . . . mas no lo cuentes!

Guatemala, 1882.

DOS ALMAS

Besan la playa las tranquilas olas:
el céfiro, al pasar, besa á la flor:
en el bosque las tórtolas se besan . . . .
y nuestros labios nó!

Tristes no están los astros en el cielo:
Tristes no están las flores del pensil:
tristes no están las flores de los campos . . . .
y nuestras almas sí!

Está mi frente cerca de la tuya;
en mi mano tu mano ya tomé:
mis ojos se retratan en tus ojos . . . .
¿por qué sufrimos pues?

¿Por qué tus labios permanecen mudos,
y tu mano la mía no estrechó . . . .
y escuchar no parecen tus oídos
mis endechas de amor?

Si rico soy en ilusión y sueños,
y es como el cielo tu pupila azul,
y eres casi una niña, y eres bella,
por qué no me amas tú?

y si no puedo darte el bien que anhelas,
y no poseo más que un corazón,
muy dulce, tierno, cariñoso y triste . . . .
por qué te quise yo?

Dios ha grabado en todas las criaturas
el dulce verbo de la vida: «amor,»
y lo escribió en la tierra y en los cielos . . . .
sólo á tí te olvidó!

Pues yo te ofrezco mi alma apasionada,
y lo único que anhelas desde ayer,
es que te compre aquel collar que vimos
en la *rue de la Paix!*

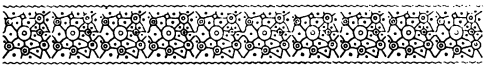
Yo no soy sino un pálido poeta:
un triste y delirante soñador . . . .
pídeme rimas, versos y canciones,
pero collares nó!

¿Recuerdas tú la historia de dos flores,
que en su perfume enviábanse su amor . . . .
y sopló el huracán . . . . y á muy distantes
regiones las llevó? . . . .

Así nosotros: mi alma de poeta
lejos de tu alma de cocota está . . . .
yo sueño estrellas, músicas y flores:
y tú en ese collar!

Como á Beatriz y á Laura, sueño ansioso
hacerte con mis versos inmortal;
tú sueñas en los ricos rastacueros
que joyas, trajes y billetes dan!

1883—1900.



BALADA Á LA LUNA

TRADUCCION LIBERTINA DE A. DE MUSSET

Brilla la luna inmóvil
en el espacio,
suspensa sobre el pico
del campanario:
parece allí
un punto colocado
sobre una i.

¿Qué espíritus burlones,
luna redonda,
traviesos te pasean
entre la sombra?
¿aprisionada
por ellos, de una cuerda
te hallas colgada?

Tal vez algún querube
tras tí se pone,
y nos hace mil gestos
todas las noches . . . .
¿será lo cierto?
¿ó eres quizá el ojo
del cielo tuerto?

Pienso á ratos que seas
alguna araña,
á la cual se han caído
todas las patas . . . .
luna remota,
¿quién sabe si sólo eres
hueca pelota?

Mas nó, que no eres bola,
yo me equivoco;
es probable que seas
reloj mohoso,
reloj eterno,
cuya hora ven los diablos
desde el infierno.

Tú tienes, no me engañas,
algún gusano,
que por dentro se come
tu rostro pálido,
y con presteza
te roe, no dejándote
sino corteza.

Recuerdo que hace noches,
mi pobre luna,
no diste tu paseo
como acostumbras . . . .
¿te tropezaste
con la punta de un árbol,
y . . . . te clavaste?

Pues la siguiente noche
te ví en el cielo,
llevando melancólica
tu par de cuernos . . . .
con gran tristura,
parece que contaras
esa aventura.

Vete ya, luna tísica,
lárgate, luna! . . . .
porque el hermoso cuerpo
de Diana rubia
te lo amputaron,
y de la mar las ondas
se lo tragaron.

Malhaya el cirujano
que así le quita
sus formas á la diosa,
bellas, divinas,
y sólo deja
su cara con viruelas,
tan sucia y vieja!

Quién visto hubiera á Diana
la cazadora,
en los remotos tiempos,
con su radiosa,
rara hermosura,
corriendo tras los ciervos
en la llanura.

O después, á la fresca
sombra de un árbol
reposar, rodeada
de bellos galgos,
que en fiel empeño,
de la dormida diosa
velan el sueño!

Y quién la hubiera visto
bañarse á solas
en fuente cristalina;
casta y medrosa,
prestanto atento
oído á los rumores
que trae el viento!

O cuando entre los brazos
del joven de Ida,
la diosa enamorada
feliz dormía,
desnudo el seno,
que el pastor aún libaba,
de dicha lleno! . . . .

Luna, tu bella historia
de aquellos tiempos
vivirá de los hombres
en el recuerdo:
y tus amores
los cantarán por siempre
los trovadores.

Oh vírgen triste y pálida,
siempre tan bella!
bendita serás siempre
por los poetas,
que en tí inspirados,
te harán siempre mil versos
disparatados.

Te amará en las campiñas
el pastor viejo,
en tanto que á tu frente
ladran sus perros,
y su ganado
sobre el llano dormita,
por tí bañado.

Y el marino, que al verte,
piensa en sus lares,
enviando con tus rayos
dulces mensajes,
mientras tu pura
luz platea la vasta
móvil llanura.

Y te amará la joven
que canta, alegre,
canciones amorosas
á tu luz ténue,
en la montaña,
sentada en los umbrales
de su cabaña.

Y yo mismo, es posible
que también te ame,
pues que todas las noches
salgo á mirarte,
triste y sombrío,
y envuelto en mi capote
cuando hace frío.

Y cual hoy, muchas veces,
luna, te hallo
suspensa sobre el pico
del campanario:
te estás allí
cual punto colocado
sobre una i.

1883.

CREER Ó SOÑAR?....

TRADUCCION DE VICTOR HUGO

Se creía, en los tiempos en que, atónito.
el pálido pastor,
testigo del misterio, del prodigio
callado espectador,
contemplaba pasar de algún profeta
la rápida visión,
que llevaba el Espíritu al desierto
en alas del turbión.
Se creía, en el tiempo en que el pechero,
al lado del señor,
hacia el Calvario á libertar marchaba
la Cruz del Salvador.
Se creía, en el siglo en que un monarca.
con ardorosa fe,
ponía la corona de dos mundos
de un Crucifijo al pie.
Se creía en el tiempo en que el obispo,
con grave y firme voz,
exclamaba á la faz de Luis el Grande:
« Tan sólo es grande Dios. »

. . . . . .

El pastor hoy dormita; de Mahoma
el bárbaro pendón
flamea sin combate sobre el muro
de la olvidada Sión.
Hoy no se ven de la sagrada lámpara
las luces irradiar;
caen los reyes, alzánse los pueblos,
desierto está el altar . . . .
La fe no existe: las divinas mieses
no tienen segador;
el hombre no cree ya: el hombre hoy sueña . . .
. . . . . .
¿Qué vale más, Señor?

Guatemala, 1883.

QUIERO MORIR....

DEL ITALIANO

PARA SER CANTADA CON LA MÚSICA DE LA CANCIÓN DE COQUETTI, «VORREI MORIRE.»

Quiero morir cuando las hojas nacen:
cuando se viste el campo de verdor,
y á los besos del sol las flores nuevas
se abren y exhalan delicado olor!

Cuando forman sus nidos las alondras:
cuando canta en el bosque el ruiseñor ....
y cual ave divina y misteriosa,
en las almas, también, canta el amor!

Quiero morir, bañado del crepúsculo
por la pálida luz, viendo volar
sobre mí á las ligeras golondrinas,
y á las gaviotas sobre el ancho mar!

Cuando pase la brisa, derramando
los ecos de tiernísima canción:
y haya en el aire músicas y aromas . . . .
y sienta dulce y triste el corazón!

Mas, cuando brilla, lívido, el relámpago,
se escucha el viento con furor rugir,
y brama en lontananza el trueno horrísono . . .
entonces, ah! no quiero, nó, morir!

Que yo quiero morir en una tarde,
cuando se tiña el cielo de arrebol;
cerca de mí dos tórtolas se arrullen,
y en las ondas del mar se oculte el sol.

Guatemala, 1883.

ADIÓS

Partir c'est mourir un peu
C'est notre âme que l'on sême
Que l'on sême à chaque adieu !

Al recibir tu carta cariñosa,
mis ojos una lágrima veló,
y un sentimiento de inefable dicha
llenóme el corazón.

Mi corazón es antro tenebroso:
cual una fiera habítalo el dolor . . . .
¡ah, cuánto hace que allí no penetraba
ningún rayo de sol!

Y una sola palabra de ternura
mi pecho palpitar hizo otra vez:
y del perdido Edén los olvidados
aromas respiré.

¿Cómo tuviste inspiración tan bella?
¿Cómo brotó de tu alma en el pensil
la flor de la piedad . . . . y dulce y buena,
te acordaste de mí?

En el erial de mi alma, con anhelo,
también yo flores para tí busqué;
y hallé sólo la flor marchita y pálida
que te vengo á ofrecer.

Y no me pidas más . . . . mi alma es un cáliz
hasta los bordes lleno de dolor:
y en vez de versos . . . . sólo encuentro lágrimas
para decirte adiós!

Voy á partir muy lejos de mi patria,
voy á surcar el ancho mar azul;
pero queda un pedazo de mi vida
donde te quedas tú.

Cuando del Norte bajo el cielo pálido
piense en la tierra donde está mi hogar,
suspiraré por ella, recordando
que tú quedaste allá.

Y á los remotos astros de aquel cielo,
Y á las heladas brisas de aquel mar,
y á las hermosas flores de sus campos,
que de tí me hablarán,

Diréles: á los astros de mi patria,
al aura de mis mares preguntad,
preguntad á las flores de mi tierra
si olvidado estoy ya.

¿Qué les responderán? . . . . si me recuerdas,
con ellos mil mensajes te enviaré;
mas, si estoy olvidado . . . . no lo quiero,
no lo quiero saber! . . . .

No lo quiero saber! . . . . porque la última
ilusión de mi mente juvenil,
el dulce, último sueño de mi alma . . . .
éso eres para mí!

La última estrella del velado cielo,
La única luz del negro porvenir,
La postrimer sonrisa del Destino . . . .
éso eres para mí

Me dices que una nota de mi lira,
cual una flor, quisieras conservar
en el álbum do tantos celebraron
tu gracia y tu beldad;

Y la lira tomé: pero mi mano
en sus cuerdas acentos no encontró
para expresar la inmensa, la infinita
tristeza de un adiós.

Sólo digo: la quise mucho! . . . . mucho!
Y repito: la quiero! . . . . con afán;
la quiero, porque es dulce y porque es buena!
la quiero . . . . y nada más!

No sé si es amistad lo que me inspiras,
ó si es un triste y escondido amor . . . .
¡ oh, corazón ! si acaso te interrogo,
no me respondas, no !

Sí . . . . yo no sé lo que en el alma siento . . . .
sólo sé que te quedas, que me voy ;
y busco versos . . . . y sólo hallo lágrimas
para decirte : *adiós !*

Guatemala, 1887.

SOÑAR....?

Que la vida es sólo sueño,
Y los sueños, sueños son.

CALDERÓN.

Dudar, siempre dudar .... Triste Destino!
Ruge la tempestad: ¿dónde está el puerto?
¿Quién mostrará al cansado peregrino
los oasis del árido desierto?

El hombre rey de la creación se nombra,
Mas sólo espinas hay en su diadema;
En su conciencia obscura todo es sombra:
En su débil razón todo es problema.

Deleznable juguete del Destino,
Sin dejar una huella de su paso,
El sigue en las tinieblas su camino ....
Y no sabe lo que hay tras el ocaso.

Mísero sér, esclavo de la suerte,
Hoy ama con pasión, mañana olvida;
Y vive sin saber lo que es la muerte:
Y muere sin saber qué fué la vida.

Quiso tocar al árbol de la ciencia,
Y su fruta malsana fué la duda;
El enigma indagó de la existencia.
Y halló á la Esfinge misteriosa y muda.

La anhelada verdad, ¿nunca se alcanza?
Sueño todo será, con vario nombre?
Es el sueño del joven la Esperanza?
La Gloria y el Amor, sueños del hombre?

Esa ilusión, que ayer fué mi ventura,
¿Fué sueño, nada más? ¿fué desvarío?
Y este inmenso dolor que hoy te tortura,
¿También sueño será, corazón mío?

¿Por qué si fuiste, juventud querida,
Un ensueño no más, lloro al perderte? . . . .
Sigismundo, di tú: sueño es la vida?
Hamlet, responde tú: sueño es la muerte?

Sueño todo? . . . Nó, nó . . . que, á mi despecho
Subir hace á mis ojos, lentamente,
El volcán que se extingue entre mi pecho,
Gota tras gota de su lava ardiente . . . .

Que vivir es soñar? . . . . Necia locura!
Que todo es ilusión? . . . . Vanos empeños!
Son sueños el amor y la ventura . . . .
Pero el dolor y el llanto . . . . oh, no son sueños!

Guatemala, 1887.

GRACIAS

A BECKY

Cuando otra vez me hirió la desventura,
y estando ausente de mi hogar en duelo,
pensaba en la alma cariñosa y pura
Que de este mundo levantara el vuelo . . . .

Cuando creí morir de la tristeza,
bajo el rudo pesar que me abrumaba;
y ocultando en mis manos la cabeza,
sólo, y rendido á mi dolor, lloraba . . . .

Nunca lo olvidaré . . . . sólo una mano
vino á estrechar la mía, tiernamente:
y tan sólo una voz me llamó hermano:
y sólo un labio se posó en mi frente . . . .

Mi pena se calmó, cual si vertiera
tu mano dulce bálsamo en mi herida;
cual si se hiciese para mí ligera
la grave pesadumbre de la vida.

Sea feliz la que enjugó mi llanto:
la que puso una flor en mis abrojos:
la que dejó brillar el fuego santo
de la piedad en sus azules ojos!

Sólo un instante aspiraré tu aliento,
lirio que entreabres el fragante broche;
mis ojos te verán sólo un momento,
rayo de luz, qne atravesó mi noche . . . .

No sé a qué tierra llevaré, remota,
los pobres restos de mi hogar destruído . . . .
ave que vuela con el ala rota,
no sé en qué rama colgaré mi nido . . . .

Y pensar que el Destino, duro y triste
puede tornarse para tí otro día,
y hacer yo no podré lo que hoy hiciste,
ni á tu lado llorar, hermana mía!

Mas nó! . . . . serás feliz, cual buena has sido;
que nunca anuble tu pupila el lloro!
Que haya siempre gorjeos en tu nido!
que siempre haya en tus noches sueños de oro!

Que guarde tu mirada sus fulgores!
que no se agosten tus brillantes galas!
y en torno tuyo vuelen los amores,
cual mariposas de celestes alas!

Que de tu hogar modesto y escondido
no se altere jamás la dulce calma;
y cual canta la tórtola en su nido,
cante á toda hora la ilusión en tu alma!

Que al cruzar de la vida el valle insano,
donde la dicha rara vez se alcanza,
dos ángeles te lleven de la mano:
la blanca Fe, la célica Esperanza!

No cubra tu alma del pesar el velo!
Sea piadoso para tí el Destino!
Que siempre brillen astros en tu cielo!
Que rosas broten siempre en tu camino!

Que, cual hoy, seas siempre seductora!
que todos te sonrían á tu paso!
que sea larga tu esplendente aurora!
que sea dulce tu tardío ocaso!

Que las flores, las aves y los niños
paguen, oh noble corazón sincero!
con aromas y cantos y cariños
la limosna que hoy diste al extranjero!

San Francisco Cal.—1888.

LAS CAMPANAS

VERSION LIBRE DE EDGARD A. POE.

I.

¡ Cuál turba con gozoso clamoreo
la calma de las horas matutinas
el arribo del rápido trineo,
tañendo sus campanas argentinas!

En las pálidas mañanas,
qué de notas de alegría, qué de cantos, qué de hosanas,
con su grata melodía
surgir hacen las ufanas,
las vibrantes, ledas notas de las rítmicas campanas!
las campanas vocingleras,
cuya voz se alza sonora
cuando apuntan las primeras, vagas luces de la aurora:
las campanas peregrinas,
argentinas,
de melódico voceo
que á lo lejos se dilata,

cuando viene ya el trineo sobre sábanas de plata.

. . . . . .

Raudo llega, precedido
por el mágico sonido de su plácida campana;
y en el aire puro y frío
se derrama el vocerío de su alegre carga humana . . . .
Y titilan dulcemente los luceros tembladores:
y en el cielo refulgente,
desde Oriente,
pinta el alba sus colores, vibra rayos matinales,
que se quiebran de los hielos en los límpidos cristales.

. . . . . .

Así suenan y resuenan,
y de gozo el alma llenan,
en las pálidas mañanas,
cuando voces de alegría, dulces cánticos y hosanas,
con su grata melodía
surgir hacen las seguras, las vibrantes, las ufanas
notas claras, limpias, puras de las rítmicas campanas!

II.

¡Cual se desprenden, en noche silenciosa,
de esbelto campanario alado coro:
y rueda en el espacio, rumorosa,
la vibración de las campanas de oro!

Anunciando alegres bodas
al contento vecindario, las campanas cantan todas
en la torre del santuario;
y con dulces vibraciones,

todo un mundo de ilusiones y de dichas soberanas
en los tiernos corazones
surgir hacen las ufanas,
las sonoras altas notas de las áuricas campanas!
las campanas peregrinas
que gozozas suenan, suenan,
y en las horas vespertinas de rumor el aire llenan.
las campanas que son de oro:
cuyo coro
se percibe en lontananza,
derramando bajo el cielo
la canción de la esperanza, con su alegre ritornelo;
despertando á las distantes
blancas tórtolas amantes, que se dicen su ternura.
sus ardores, sus desmayos,
arrullándose á los rayos de la luna dulce y pura.
y perfuman el ambiente los virgíneos azahares:
y en la linfa de la fuente
transparente
vense estrellas á millares, titilantes y remotas,
mientras rueda el coro alado de triunfantes, áureas notas.

III.

La campana de bronce suena ahora,
sembrando alarma por doquier y espanto:
y anunciando con voz aterradora
un drama de dolor, peligro y llanto!

En la obscura, triste noche, suena, suena con violencia
la campana del incendio; con su infausta turbulencia
un terrífico suceso revelando de repente,
pronto auxilio al implorar;

propalando febrilmente la catástrofe temida,
y llamando sin cesar
á la ya dormida gente, que temblando pavorida,
se despierta en el hogar.

Y entre tanto que ella implora, que ella grita, que ella aclama,
crece, aumenta, se agiganta la tenaz, ardiente llama,
que penetra, sube, corre, lame, rápida devora,
y acrecienta sin cesar
su demencia destructora, desgarrando el negro velo
de la noche, al irradiar
sus siniestros resplandores, que elevándose hasta el cielo,
van las nubes á incendiar.

Ya no tienen melodías, ritmos, cantos, las campanas:
conmovidas, delirantes, son sus voces casi humanas! . . .
lloran, llaman, *chillan*, rugen . . . su angustioso llamamiento
derramando en la extensión:
del terrífico elemento recurriendo á la clemencia,
con demente apelación:
y clamando por socorro, con insólita insistencia,
con ansiosa obstinación!
. . . . . .
Y si aumenta ó si declina
su sonido, se adivina
si el peligro disminuye, si el incendio ya decrece,
si la llama desparece . . . .
ó si corre, sube, lame, se propaga, se acrecienta,
y el peligro al par aumenta
de su rabia destructora . . . .
pues, con voz que es casi humana,
pide, llama, grita, implora, clama y ruge la campana!

IV.

Las campanas de hierro tistes suenan,
con monótoma y lenta melodía:
y sus acentos funerales llenan
el alma de letal melancolía!

Todos piensan en lo breve de la cara vida humana:
en el lóbrego misterio del incógnito mañana,
escuchando cómo dobla, cómo gime, cómo llora
la campana funeral:
la campana aterradora, recordando la conciencia
que el placer no es eternal;
que en la fría tumba obscura la misérrima existencia
tiene un término fatal!

No son hombres los que tocan aquel himno funerario,
los que doblan, insistentes, en el alto campanario:
son espectros de las tumbas, son los duendes vespertinos,
los espíritus del mal;
y esqueletos blanquecinos, y fantasmas ataviados
con sudario sepulcral,
los que doblan en la torre, los que tocan despiadados
la campana funeral.

Son los gnomos y los silfos, y murciélagos gigantes:
brujas, cuervos y vampiros, y las ánimas errantes
que al sonar la media noche, desertando presurosas
la plutónica región:
ó surgiendo de las fosas con su lívido sudario,
en diabólico turbión,
cual horrible enjambre vuelan al sombrío campanario,

á tocar el esquilón . . . .
. . . . . .
Y allí todos, confundidos,
cantan, gritan, dan aullidos . . . .
y se enlazan, y se entregan á alegrías espantosas,
á mil danzas horrorosas;
y entrechócanse los huesos, y se ríen, torvas, fieras,
las horribles calaveras . . . .
mientras canta lentamente,
desde lo alto del santuario,
la campana su doliente, triste doble funerario!

San Francisco Cal.—1889.

LA HISTORIA DEL CARPINTERO

Alta, muy alta posición tuvimos
de nuestra boda en el remoto tiempo . . . .
Estaban nuestros cuartos en el piso
principal — si se cuenta desde el techo;
y en ellos Bessie y yo solos vivíamos,
jóvenes ambos, siempre satisfechos!
Juzgábanse, sin duda más felices
de abajo los vecinos opulentos;
mas, al subir nosotros la escalera
creíamos estar subiendo al cielo!

Algunos pobres muebles no llenaban
el diminuto nido por completo:
en las paredes nuestros dos retratos,
frente á frente, mirábanse risueños;
lucía sobre el suelo calva alfombra;
y en el aparador, casi desierto,
la gran taza del té: sólo una taza! . . . .
Gastábamos así en azúcar menos.

Cuando se hundía el sol en occidente
y aparecía el vesperal lucero,
raudo dejaba yo la áspera sierra,
el férreo escoplo y el martillo recio;

y al llegar á la casa, dando saltos
cual muchacho que sale del colegio,
de dos en dos subía los peldaños,
salvando la escalera en un momento.

Al ver que yo llegaba, la tetera
cantaba alegremente un canto nuevo;
y al escuchar mi voz, más viva llama
desde el ardiente hogar lanzaba el fuego;
y mejor que una lámpara radiosa
que derramara luz bajo aquel techo,
la celestial sonrisa de mi Bessie
iluminaba el mínimo aposento.

Contemplábanse vistas deliciosas
desde aquel alto balconcito nuestro,
al que apenas llegaba de las calles
el vago ruido y el lejano estrépito;
y era en aquella altura silenciosa
el aire puro, saludable y fresco;
y las quejas y angustias de los otros
no turbaban allí nuestro contento.

Y ella, mi Bessie, mi ilusión primera,
después el ángel de mi hogar modesto,
y pronto rama llena de pimpollos,
que fueron rosas aromadas luego;
siempre alegre, gentil y cariñosa,
cantando siempre y siempre sonriendo,
aparte algo ponía de mis lucros,
con sabio amor y con afán discreto.

Y pasamos así años tras años,
los dos movidos yor igual empeño,
hasta que, al fin, un día descendimos
de aquel cuartito, tan cercano al cielo,
á una casita nuestra: si no yermosa,
sino ataviada con un lujo espléndido,
al menos amplio y abrigado nido
para alojar en él á los polluelos.

A fuerza de construír para los otros,
para mí hacerlo pude: era mi anhelo;
y después de una casa. tuve varias,
y de oro y plata ví mi arcón repleto;
hasta que al fin la esquiva y caprichosa
fortuna coronó mi rudo empeño:
y cuando hube cumplido sesenta años
«millonario» llamóme el mundo entero.

Y hoy, en una mansión llena de fausto,
y circundada por jardines bellos,
doy alimento á diez grandes lacayos,
y les pago, además, no corto sueldo.
Camino sobre espléndidas alfombras:
sobre muelles cojines me recuesto;
y on vajilla de plata y porcelana
yuedo siempre comer cuanto deseo.

En las ventanas y en las anchas puertas
bellas cortinas de damasco veo;
cómodas sillas tiéndenme sus brazos
en los amplios y ricos aposentos;

y hay cinceladas, altas chimeneas;
y están los muros por doquier cubiertos
de armas de todas clases, y pinturas
que costaron muchísimo dinero.

Tengo en un cuarto enormes librerías
con sus estantes sin un sólo hueco:
sitio para fumar, inmejorable,
y leer los diarios al amor del fuego . . . .
Los libros—siempre nuevos,—elegidos
por docto amigo, con notable esmero,
empastados están muy ricamente;
y si nunca los toco . . . . es por respeto!

Tengo un palacio, en fin, tengo riquezas,
descanso, bienestar . . . todo lo tengo . . .
y algo hay, sin embargo, que me falta:
un algo así, que definir no puedo . . . .
Ya nada tengo que temer ahora:
vencí en la lucha, conquisté mi premio . . . .
mas nada tengo que esperar, tampoco . . . .
y eso es, quizás, lo que al presente anhelo!

Y cuando al lado de mi vieja Bessie
sentado estoy cabe el alegre fuego,
volvemos la mirada tristemente
de nuestras bodas al lejano tiempo;
y entre suspiros evocamos juntos
el dulce y melancólico recuerdo
de aquel pobre desván . . . . tan elevado,
que estábamos en él . . . . casi en el cielo!

Nueva York.—1889.

UNA VISITA DE SAN NICOLÁS

Navidad será mañana: llegó ya la Noche Buena
Duermen todos en la casa, de alegría el alma llena:
el hondísimo silencio ni un murmullo, ni un sonido,
nada viene á perturbar:
ni siquiera el leve ruido de un ratón en la alacena,
ni del viento el suspirar . . . .
Todo es paz y todo calma: que llegó la Noche Buena,
y mañana es Navidad.

Los chicuelos hace rato dulcemente se han dormido,
muy calientes y abrigados, cual polluelos en el nido;
mas, tranquilos hoy no duermen: que sus medias han colgado
de la sala en el hogar;
y su sueño es agitado sobre el muelle y tibio lecho,
pues sin duda han de soñar
en que, allá á la media noche, de la casa al blanco techo
llegará San Nicolás.

Procuraba yo dormirme, con el gorro hasta las cejas,
meditando en que esas cosas eran cuentos y consejas,
cuando oí por el espacio cierto ruido misterioso
acercarse más y más . . . .
como un vuelo rumoroso de los cielos en la altura . . . .
algo extraño, singular,
cuyo nombre, cuya causa, llena el alma de pavura,
no podía adivinar

Asustado, mas curioso, corrí al punto á la ventana,
y con mano temblorosa corrí presto la persiana . . . .
ví á la dulce blanca luna, cuyo pálido reflejo,
en la nieve al irradiar,
cual en terso y puro espejo, por doquiera producía
como luz crepuscular;
y aunque fuera solamente media noche, parecía
que la aurora iba á rayar.

De esa luz por los fulgores argentinos inundado
un trineo en miniatura, por rengíferos tirado,
á través de los espacios ví venir con raudo vuelo,
como de águila caudal:
ocupaba un viejezuelo tan insólito carruaje . . . .
y al mirarlo, sin dudar—
por la fecha y por la facha, por el coche y por el traje—
conocí á San Nicolás.

Dando voces y silbidos y su látigo chasqueando,
de los renos en tal guisa la carrera apresurando,
sobre el techo de mi casa, como rápido á aerolito,
prontamente descendió
aquel raro viejecito . . . . mientras yo me preguntaba
si la extraña aparición,
que, estregándome los ojos, con asombro contemplaba,
no era sueño ó ilusión.

El viajero misterioso dejó todo en la azotea,
y de un salto deslizóse por la obscura chimenea;
saludóme silencioso, con modales comedidos . . . .
y yo entonces bien lo ví:

de piel eran sus vestidos, llenos todos de alba escarcha,
de cenizas y de hollín
y tenía en sus ojuelos, en su porte y en su marcha
cierta cosa de infantil.

Venerable, luenga barba, que ostentaba la blancura
de la nieve que caía, le llegaba á la cintura;
y aportaba entre los brazos cierto saco misterioso,
do llevaba en profusión
cucuruchos de bombones, frutas, trompos y cornetas,
más de un sable y un cañón,
y muñecas y tambores, caballitos y escopetas . . . .
y uno que otro biberón.

Con su aspecto el viejecillo desterraba la tristeza:
rosas eran sus mejillas, su nariz una cereza.
Cual un duende listo y agil, entró, digo, y en la alfombra
vació al punto su bolsón . . . .
entretanto que su sombra gigantesca se agitaba,
y al reflejo del fogón
revestía raras formas, y fantástica danzaba
por los muros del salón.

La sonrisa no retuve: mas mi huésped, sin enojos,
me hizo graves cortesías; y guiñándome los ojos,
se acercó á las mediecitas, y sin más explicaciones,
á llenarlas empezó
de juguetes y bombones, con mil muestras de contento;
y por fin, cuando acabó,
y quedaron llenas todas, hizóme otro acatamiento,
cogió el saco y se largó . . . .

Ascendió de un sólo brinco por la negra chimenea:
y otra vez apareciendo de la casa en la azotea,
á los renos dirigióse, saltó al punto en el carruaje . . . .
y cual hoja que huracán,
con rudo ímpetu salvaje, rauda lleva lejos, lejos . . . .
el trineo singular
cruzó alígero el espacio, de la luna á los reflejos,
y con él San Nicolás . . . .

Mas, poco antes de perderse como rápido aerolito,
se escuchó la voz sonora del gozoso viejecito,
que al volar sobre la casa, exclamaba alegremente,
repetía sin cesar:
duerman todos dulcemente, con el alma de amor llena!
para todos dicha y paz!
tengan todos gratos sueños, porque es hoy la Noche Buena,
y mañana es Navidad! . . . .

. . . . . .
. . . . . .

A la alcoba volví: estaban mis hijitos bien dormidos,
abrigados y calientes, cual polluelos en sus nidos . . . .
¿Soñarían esas dulces cabecitas que yo adoro
en la alegre Navidad?
Aparté los rizos de oro, y en sus frentes de azucena
puse un beso . . . . y dos . . . y más,
y les dije quedamente: dormid bien la Noche Buena:
vino ya San Nicolás!

Washington.—1889.

TU Y YO

Ola soy, que rodando tristemente,
pasa . . . . y se pierde en el obscuro mar:
tú la onda en cuya linfa transparente
flores y estrellas á mirarse van.

El ave soy, que gime lastimera,
por flecha cruel herido el corazón:
y tú el ave que canta en primavera,
con quedas notas, su secreto amor.

Soy nube, de relámpagos cargada,
que enluta del espacio el manto azul:
tú celaje de rosa en la alborada,
que borda el sol con su radiante luz.

Soy seca flor, que marchitó el Estío,
y arrastra, no sé á donde, el huracán:
y el lirio tú, bañado de rocío,
que embriaga con su aliento virginal.

Hay en tu cielo claridad de aurora,
y á esconderse va ya mi triste sol:
el amor todavía tu alma ignora . . . .
y amar olvidó ya mi corazón!

Guatemala, 1889.

CONFIDENCIA

Estoy, querida Luz, decepcionada
del pillo de Raúl;
¿cómo pude sentirme enamorada
de tamaño gandúl? . . . .
Ay, no dés—del consejo no te asombres,—
tu joven corazón:
verás, cuando conozcas á los hombres,
cómo tengo razón! . . . .
Lo que con él pasó fuerza es te diga:
escucha y lo sabrás:
pues empiezo la historia, cara amiga:
has de estar y estarás,
que á casa, antes de ayer, casi de noche,
fué entrando . . . . (mi papá
dormía su jaqueca; y en el coche
paseábase mamá)
estaba como siempre, tan apuesto:
y muy guapo, *ma chère*,
con su bigote en croc; y por supuesto,
vestido *á la dernière*.
Lo recibí solita; tomó asiento
en el mismo sofá,
y empezó á conversar, con grave acento,
de papá y de mamá;

calló un rato; mirándose una pierna,
se estuvo sin chistar:
y al fin me preguntó, con voz muy tierna,
si sabía . . . . chiflar!
Turbada respondí: nunca he probado . . . .
se acercó más á mí;
le daré una lección, dijo el taimado:
ponga la boca . . . . así . . . .
Cambiando de color, yo le decía:
no creo que podré . . . .
y vergüenza me dá . . . . qué tontería! . . .
qué cosas tiene usté! . . . .
pero, por fin, la boca muy fruncida
cerquita puse de él;
(y debió parecer rosa encendida
ó entreabierto clavel.)
Ay! . . . . los ojos cerré, ruborizada . . . .
se acercó más á mí . . . .
Y . . . . ¿qué dirás que hizo, Luz amada?
qué te supónes, dí?
. . . . . .
Ya veo desde aquí lo que de pronto
te has de imaginar . . . .
cá, hija, nó! . . . pues sabes qué hizo el tonto?
. . . . . .
que me dejó chiflar!

RUINAS DEL CORAZÓN

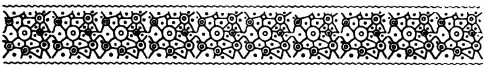
DE F. COPPÉE.

Era mi corazón en otro tiempo
como una bella construcción romana,
formada de granitos y de pórfidos,
de ricos mármoles y piedras raras . . . .
más, pronto, las pasiones tumultuosas
en él entraron con salvaje saña,
cual una horda de bárbaros, blandiendo
la roja antorcha ó la cortante espada . . .

Y en ruinas se tornó! . . . buhos infaustos
hubo, no más, y víboras extrañas:
y ni un humano ruido . . . se agostaron
los lirios y las rosas perfumadas:
se vieron por doquier restos informes
de frisos, de columnas y de estátuas . . . .
y aún las sendas, por fin, desparecieron
por arbustos maléficos borradas.

Allí quedé yo sólo, largo tiempo,
ante el desastre, con sonrisa amarga,
días sin sol pasando, y tristes noches
en que ni un astro para mí brillaba . . . .
mas tú viniste, al fin, joven y hermosa,
blanca, inocente, por la luz bañada . . . .
y entonces yo, para formarte un nido,
lleno de fe, de fuerza y de esperanza,
con los escombros del palacio viejo
me puse á levantar nuestra cabaña.

San Francisco Cal.—1890.



RECUERDAS?

DE T. MOORE.

¿Recuerdas el paraje silencioso,
lleno de sombra y paz, en que aquel día
te confesé con labio tembloroso
la oculta llama que en mi pecho ardía?

¿Y recuerdas mi dicha y mi ternura
cuando, postrado, junto á tí, de hinojos,
tu amor pude leer y mi ventura
en la expresión de tus celestes ojos?

Quise entonces hallar alguna frase,
del corazón en el hogar prendida,
que al pasar por mis labios los quemase . . . .
y sólo pude murmurar: «mi vida.»

Tú respondiste con tu dulce calma:
no tu vida me llames, oh mi amigo!
la vida es corta: llámame «tu alma,»
y así estaré en la eternidad contigo.

San Francisco Cal: 1890.

LOS DUENDES

TRADUCCION LIBRE DE VICTOR HUGO.

I.

Es noche
Velada,
Profunda,
Callada . . .
No se oyen
Ruïdos
La calma
Turbar;
No tienen
Acentos
Las olas,
Los vientos:
Parecen
Dormidos
El campo
Y el mar.

II.

Aún liviano,
Débil, vano,
Cual zumbido

Muy lejano,
Por el llano,
Nace un ruido . . .
No es acento
Que alce el viento,
Ni el cercano
Rudo aliento
Del oceano:
Es lamento
Sobrehumano,
Parecido,
Ya al gemido
Con que clama,
Ya al aullido
Con que brama
De horror llena,
La alma en pena
Sin abrigo,
Que en castigo
Sempiterno,
Rauda sigue,
Cruel persigue
Roja llama
Del infierno.

III.

A cada instante
La bulla crece . . .
Ahora parece,
No ya distante
Vago murmullo,
Sino barrullo
De griterías,

De carcajadas,
De algarabías
Endemoniadas;
Y ya cercano,
Ya en lontananza,
Se ve un enano
Que huye y avanza
Sin descansar:
Y en un pie danza,
Con mil cabriolas,
Sobre las olas
Que encrespa el mar.

IV.

Resuena la grita
De voces cercanas
Cual son de campanas
De iglesia maldita;
Como un vocerío
De enorme gentío,
Que ahora se aleja,
Y en pos de sí deja
Muriente rumor . . .
Y luego que crece
Tormenta parece,
Que suena, que truena,
Que muge, que ruge,
Y el ámbito llena
De inmenso fragor.

V.

Ah! . . . son ellos, Dios clemente!
Son los duendes nocturnales,
Con su jácara estridente,

Con sus voces sepulcrales! . . .
Evitemos prestamente
La cruel turba fosca y fiera,
Y con planta diligente
Remontemos la escalera . . .

Traspasando los umbrales
De la sala retirada,
Y al abrigo de sus males
Con la puerta bien cerrada
Esperemos la algarada
De los huéspedes fatales.

VI.

Es de los duendes lóbregos
Que llega en huracán voraginoso! . . .
Bajo su raudo vuelo tormentoso
Los árboles se rompen con fragor! . . .
Viene mugiendo bajo el cielo lívido
La ominosa, fatídica parvada,
Como la nube que, cual ígnea espada,
Al flanco lleva el rayo del Señor!

VII.

Están ya muy cerca: tengamos trancada
La puerta, dejando su furia burlada . . .
!Qué estrépito el que hacen las torvas legiones
De odiosos vampiros y alados dragones! . . .
Se rompen las tejas, los muros se inclinan,
Las vigas se tuercen, las puertas rechinan:
Y cómplice el eco, repite los gritos
De aquestos infames enanos malditos!

VIII.

Son sollozos, son lamentos, voces son desesperadas.
Que se tornan en chillidos y en burlonas carcajadas . . .
Cómo gritan! . . . Cómo aullan con incógnitos acentos!
Qué bochinche y confusión!
Por momentos me figuro que mi casa, derruïda
Por el negro batallón,
Como débil hoja mustia de la rama desprendida,
La arrebata el aquilón!

IX.

Profeta! . . . si salvas mi pobre morada,
Y ahuyenta tu mano la turba endiablada,
Veráme de hinojos tu noble santuario
Llenando de aromas el rico incensario;
Pero haz que esta noche la puerta que cruge
No ceda á sus golpes, resista su empuje:
Y que en las vidrieras de todas las salas
Sus uñas se quiebren, se rompan sus alas!

X.

Van á partir! . . . Ya parten! . . . De los réprobos
Alza su vuelo el batallón sombrío! . . .
Cual de fierros aspérrimo chirrío
Sus negras alas produciendo van:
Y cuando pasan en la noche lóbrega,
Trepida el suelo, el mar se arremolina,
Y se desgaja la imponente encina,
Cual si pasara horrísono huracán!

XI.

Ya están leios! . . . El violento
Rumoroso batimiento

De sus alas ya decrece . . .
Ya un susurro me parece
De la vaga voz del viento . . .
Ya es tan débil . . . tan liviano,
Tan confuso . . . tan lejano,
Que oír creo en la llanura
O del bosque en la espesura,
La voz áspera y bizarra
Con que canta la cigarra,
O el rebote del granizo
Sobre el techo de pizarra
De algún viejo cobertizo.

XII.

Aun débiles notas,
Sonando remotas,
Llegando imprecisas;
Aun múltiples voces,
Con alas veloces
Me traen las brisas . . .
Así, por instantes,
En noche serena,
Que la luna llena
Con su luz de plata,
Se escuchan distantes
Las trovas amantes
De la serenata:
Y al pasar errantes
Los aires del coro
Que dulce embeleña,
Tiene sueños de oro
La virgen que sueña,

XIII.

Entre las lóbregas
Tinieblas trágicas
Los duendes fúnebres
Ya lejos van;
Buscando alígeros,
Con pasos rápidos
El negro Tártaro
Do está Satán.
Luces fosfóricas
De alas flamígeras
Rompen con ráfagas
La obscuridad:
Cual los relámpagos,
Cuando recóndita
Muge en los ámbitos
La tempestad.

XIV.

El sonido
Que decrece
Me parece,
Ya el plañido
Quedo, suave,
Con que el ave
Triste canta
Cabe el nido
Ya desierto:
Ya el gemido
De una santa
Por un muerto;
Ya un zumbido

De colmenas . . .
O las notas
De remotas
cantilenas . . .
. . . . . .
Ahora apenas
Se distingue
La voz vaga . . .
Ya se extingue . . .
Ya se apaga . . .
. . . . . .

XV.

De calma
Profunda . . .
No se oyen
Del viento
Las voces
Cantar . . .
Silencio
Doquiera!
No tienen
Siquiera
Ni un débil
Aliento,
Ni un ruido
Lejano,
Ni el llano,
Ni el mar.

XVI.

El silencio
Nada

Turba;
La vil
Turba
Lejos
Va.
De la negra
Tuna
Raza
Ni una
Traza
Queda
Ya.

París, 1897.

VENI, VIDI, VICTUS FUI

I.

Marchad, oh mis antiguos compañeros,
falange belicosa y atrevida
en que un día fuí yo de los primeros!
A través del desierto de la vida,
la Fe, cual una nube luminosa,
os lleva hacia la tierra prometida;
y si se hace la noche, en lontananza
veréis brillar con luz esplendorosa
el faro celestial de la Esperanza!
No corten, nó, vuestra triunfal carrera
los golpes y los crueles desengaños:
marchad, cantando la canción guerrera
que entona el corazón á los veinte años!
. . . . y no volváis la vista al que, ya inerte,
sin fuerzas ni valor, su frente abate:
al pálido vencido que, de muerte
herido fué desde el primer combate . . . .
No era, tal vez, de la valiente raza
que triunfa siempre en la pelea ruda:
quizás era más débil su coraza,
ó fué para él la flecha más aguda . . . .
marchad, al son de la gozosa diana:
si ahora sois los fuertes lidiadores,

firmes luchad, y en el feliz mañana
seréis los fortunosos vencedores! . . . .
El nuevo sol vuestro horizonte dora,
mientras se hace mi cielo más sombrío:
vosotros véis las luces de la aurora,
y la noche ya se hace en torno mío . . . .

II.

Sin apurar la copa de la vida,
sin haber realizado un solo sueño,
fatigado estoy ya: esa atrevida
y ardiente fe del joven: ese empeño
por luchar y vencer: esa confianza
en su propio valor y en su fortuna . . . .
yo no los tengo ya: que una por una
en mi pecho, murieron la esperanza,
la fe, las ilusiones, la alegría . . . .
cuanto hace hermosa la existencia humana,
cuanto de dulce el corazón tenía! . . . .
Así se agostan en la noche fría
las abiertas al sol de la mañana,
bellas rosas de abril, flores de un día!

III.

En el amor creí con fe sincera;
más de una vez amé profundamente,
y dí con cada amor el alma entera.
En el delirio de mi sueño ardiente,
pensaba que la gran Naturaleza
era más buena y dulce y sonrïente:
que arrullaba más tierna la paloma:
que las puestas del sol eran más bellas:

que esparcían las flores más aroma
que tenían las noches más estrellas . . . .
Una dicha sin nombre yo anhelaba;
y esperando feliz, á toda hora
un himno religioso se elevaba
desde el fondo de mi alma soñadora,
de juventud y de ilusión henchida;
y cual cantan las aves en la aurora,
cantaba en la alborada de la vida . . . .
pero, también, así como suspende
la leda alondra su gozoso canto,
plegando el ala, si la noche tiende
sobre la tierra su luctuoso manto,
si el cielo de tinieblas se reviste . . . .
Calló mi alma, también, un día triste!

IV.

Y á la gloria aspiré: toqué mi frente,
y en ella sentí arder oculta llama:
cambió de sueño mi agitada mente,
y alto renombre demandé á la Fama:
á mi lira pedí cantos geniales
para dar vida eterna á mis amores,
para tornar mis sueños inmortales,
y para hacer sagrados mis dolores;
quise cantar cada pasión dichosa,
y llorar cada amor que en mí moría,
con oda vehemente y melodiosa,
con dulce y melancólica elegía;
y quise que inmortal mi nombre fuese:
entre las cuerdas del laúd sonoro
notas hallar que el porvenir oyese,

y forjar en mi fragua versos de oro . . . .
Y trabajé, luché . . . . fué todo en vano!
la lucha revelóme mi impotencia,
y vencido otra vez, tuve conciencia
de que era esa ambición delirio insano,
y aquel ensueño audaz sólo demencia . . . .
Yo ví á los genios en sublime altura,
cual ve volar á la águila remota,
que se baña del sol en la luz pura,
El ave que batiendo el ala rota
se arrastra humildemente en la llanura . . . .
y lleno de amargura,
entonces yo colgué mi lira ignota,
y rompí con pesar mi pluma obscura.

V.

El vacío sentí de la existencia,
y al estudio pedí consolaciones . . . .
Cuántas caras y muertas ilusiones,
— mar insondable, de arrecifes lleno,
que *sombra* llama Dios y el hombre *ciencia* —
deben dormir en tu profundo seno!
cuánta feliz y cándida creencia!
cuánto ensueño dichoso!
la fe de cuántos pechos y la calma!
cuánto despojo triste y lastimoso
del naufragio del alma! . . . .
Se hizo la obscuridad en torno mío;
y soñador sombrío,
apagada la luz de mi conciencia,
quedé ante el grande y tenebroso arcano,
diciéndome: la ciencia

¿será, cual la virtud, un nombre vano?
de la verdad que ansioso he perseguido
la fórmula cuál es?—cuál el criterio?
hay alguien que encontrar haya podido
la clave del misterio? . . . .
¿será Epicuro, que el dolor olvida,
y copa en mano, de placer sediento,
coronado de rosas, toma asiento
en el festín soberbio de la vida? . . . .
¿ó Benito, que en noche silenciosa,
y á la luz de la luna solitaria,
mientras murmura el labio una plegaria
con místico fervor, cava su fosa? . . . .
¿tú, Jerónimo, el santo,
que en el desierto con los leones moras? . . . .
¿Demócrito, eres tú, que ríes tanto?
¿Heráclito, eres tú, que sólo lloras? . . . .
¿Será acaso Moisés, el que, sereno,
del mismo Gehová sus leyes toma
entre la nube, do retumba el trueno? . . . .
¿Serás tú, Zoroastro? . . . Tú, Mahoma? . . .
¿Serás tú . . . . Nazareno? . . . .

VI.

Mas, qué ¿todo es mentira, vanidades,
locos delirios de la mente insana?
vivir sólo es soñar? no hay realidades
en la existencia humana? . . . .
Oh, sí, las hay, las hay! . . . . En la lejana
tierra do contemplé la luz primera
hay un lugar desierto y silencioso,
que es de la vida etapa postrimera . . . .

duermen allí, con eternal reposo,
los seres cuyo dulce y cariñoso
recuerdo nunca el destructor olvido
borró en mi corazón triste y piadoso:
que me amaron, que amé . . . y que han partido!
sus nombres que, por muchos olvidados,
conserva allá la losa funeraria,
en mi memoria viven, perfumados
de amor, de gratitud y de plegaria . . . .
y al recordarlos hoy, á pesar mío,
llanto copioso de mis ojos mana . . . .
Rápido pasa el abrasado estío:
la primavera hermosa está lejana:
ya se anuncia el otoño triste y frío . . . .
y ay! el invierno llegará mañana! . . . .
. . . . . .
son éstas, oh Dios mío,
las realidades de la vida humana!

VII.

Fantasmas engañosos: ambiciones
que un día perseguí: locas pasiones,
de que era el débil corazón cautivo:
sed de una ciencia tenebrosa, incierta . . . .
del pobre hogar en que ignorado vivo
nunca llaméis á la cerrada puerta! . . . .
Yo en la cuna, no más ayer, dormía,
y en el sepulcro dormiré mañana . . . .
¿Por qué luchar, si dura sólo un día
la amarga y pesarosa vida humana?
Abandoné la lucha fatigosa
porque hace tiempo que en mi pecho no arde

la llama de la fe pura y hermosa:
porque escéptico soy, y soy cobarde . . . .
Cansado, melancólico, indolente,
ya me senté á la orilla del camino:
y á la pálida luz del sol poniente,
voy á esperar se cumpla mi destino;
que yo no anhelo, con afán insano,
lo que gloria y amor el mundo nombra,
ni hacer sobre la tierra un ruïdo vano:
quiero, no más, cruzarla entre la sombra,
á mis niños teniendo de la mano.

París, 1900.

COSAS IDAS

Hay un paraje en la floresta umbría
Lleno de fresca sombra, de verdor,
Cuyos ecos conservan todavía
Nuestras frases de amor.
Hoy evoqué los días ya pasados,
Y aquel paraje con afán busqué;
Los senderos seguí más ignorados . . . .
Y nunca lo encontré!

Hay una ave que canta melodiosa
En el fondo de cada corazón:
Siempre alzaba en el mío su gozosa,
Su celeste canción.
Hoy este pobre corazón herido
Cual un sepulcro, silencioso está:
Quedó desierto y destrozado el nido . . . .
El ave voló ya!

Hay una estrella pura y argentina,
Que una vez en mi vida apareció,
Y con los rayos de su luz divina
Mi vida iluminó.
Hoy me rodea noche tenebrosa:
Lóbrego el cielo por doquier está;
Busco en él á mi estrella misteriosa . . . .
Y no la encuentro ya!

Hay un lirio que abría dulcemente
Su cáliz de blancura sin igual
En mi oculto jardín, al beso ardiente
Del sol primaveral.
Hoy abril derramó sus esplendores:
La tierra de placer se estremeció;
Doquier brotaron deliciosas flores . . . .
Pero mi lirio nó!

Existe una palabra que, al oído,
Con voz queda, sabía pronunciar:
Que de su sueño el corazón dormido
Podía despertar.
Hoy, una niña bella como el cielo,
En mi camino solitario hallé;
Busqué aquella palabra con anhelo . . . .
Y no la recordé!

París, diciembre de 1900.

"STELA CONFIDENTA"

Esa canción no cantes, amiga mía!
Yo la amaba en un tiempo que ya pasó,
Y al oírla, el enjambre de los recuerdos
Invade tumultuoso mi corazón!

Deléitame cantando romanzas nuevas,
Que sin melancolía pueda escuchar,
Y á revivir no vengan esas memorias
Que en el fondo de mi alma se mueren ya.

Imprudente, otras veces, he removido
Las cenizas que cubren mi triste hogar,
Encontrando inextintas, ocultas brasas,
Que bajo esas cenizas ardiendo están.

Ah, las dulces canciones del tiempo viejo
Tú no sabes, mi amiga, qué tristes son,
Porque tú no comprendes, siendo tan joven,
Cuán hermoso fué el tiempo que ya pasó!

Ah, los vagos aromas de secas flores!
— Y los ecos de voces calladas ya!
Y las bocas risueñas que ya no ríen . . . .
Y los ojos que extintos por siempre están!

Ah, los largos paseos en las serenas,
Tibias tardes de mayo, llenas de luz!
Ah, las ligeras barcas, que silenciosas,
Rizaban el espejo del lago azul!

Las tardes en que miles de golondrinas
Volaban en la sombra crepuscular . . . .
En tanto que prendía la estrella pálida
La lumbre temblorosa de su fanal.

Ah, cantos de las olas iluminadas
Por los últimos rayos del rubio Sol! . . . .
Dónde estáis, adorables días felices?
Qué os hicísteis, divinas horas de amor?

Noches en que gorgeaba las melodías
De «Stella Confidenta» su dulce voz,
Mientras yo, silencioso y enternecido,
A los sueños abría mi corazón.

Oh tiempos en que el alma, creyente y joven,
Inquieta mariposa del Ideal,
Volaba con las alas de los Ensueños
Tras el bello fantasma Felicidad!

. . . . . .
. . . . . .

Y todos esos vanos, tristes recuerdos
De un tiempo venturoso que no volvió,
En el fondo sombrío de mi alma enferma
Se agitan cuando cantas esa canción.

Por eso yo te pido nuevas romanzas,
Y no los de aquel viejo tiempo feliz . . . .
Mi corazón ay! sufre si lo despiertan,
Y quiero que en silencio pueda dormir!

París, diciembre de 1900.

BERURIA

TRADUCCION DE G. PORTO-RICHE.

Acostábase el sol tras la montaña
De Sión.— Aquel era un día santo,
Un sábado.— Beruria, compañera
Del dulce rabí Meier, cuyo cargo
Lo retenía en el sagrado templo,
Ante dos cuerpos rígidos, helados,
Lloraba amargamente.— Dios, que al viento
Manda arrancar del tembloroso tallo
A las dulces anémones: y rompe
La única rama que alcanzó la mano,
Y que lívida asió sobre el abismo . . . .
Ese día á sus niños adorados
Le arrebató: dos ángeles hermosos,
Dos divinos gemelos de diez años,
Dos frentes adorables y sagradas! . . . .
Y gritando, riendo, sollozando,
Trágica madre de dolor demente,
Con el raudal regaba de su llanto,
Y de besos sin número cubría
Los cuerpecitos, cual los lirios blancos! . . . .

Y de repente se calló, transida
Por un horrible pensamiento amargo:
El padre! . . . . El pobre padre, cuando llegue
Tranquilo, sonrïente, sin cuidados,
Oirá desde el umbral los roncos gritos,
Lúgubres ayes y sollozos vanos;
Y sabrá que el negro ángel de la muerte
Nuestro hogar con sus alas ha tocado,
Y que sus niños en la eterna noche
Para siempre sus ojos ya cerraron,
Sin decirle un adiós, y que se han ido
Mientras llenando su deber sagrado,
La palabra de Dios él enseñaba
Al pueblo todo, sobre el monte santo! . . . .
Beruria entónces las cabezas blondas
Dulcemente tomó; y entre sus brazos
Al oído diciéndoles muy quedo
No se sabe qué cosas, sobre el tálamo,—
Donde antes despertaban con la aurora
Teniendo tiernos, matinales cantos,
Como en los nidos los polluelos tienen,—
Los colocó; y un suave lienzo blanco
Extendió, reprimiendo sus sollozos
Sobre sus frentes, frías como el mármol;
Y junto ellos cayendo de rodillas,
La hora triste aguardó, á Dios orando.—
En la noche, el rabí Meier estuvo
De regreso en su hogar.— Del día santo
La copa, sin hablar, al caro esposo
Le presentó la madre, sosegado
El semblante, y el alma prevenida
Para el combate cruel . . . . Entre sus brazos
Estrecha á su mujer, y la contempla

Con amor un instante: y sin retardo,
Pide á sus hijos.—Estarán,—responde—
En el templo.—Y él dice: no han estado,
Mujer, allí.—Lo sabes?—De allí vengo,—
El buen rabí contesta.—En ese caso,
Se hallarán en la casa de algún pobre . . . .
Dios bendiga sus días y sus años!
Dijo el rabí gozoso; pues sus almas
Son tan hermosas cual tu ojos claros
Y púdica tu frente! . . . . —Silenciosa,
Preparó la comida; su agitado
Corazón de piedad se estremecía
Ante ese gozo inoportuno . . . . Cuando
Las palabras de gracias, dulcemente,
Al acabar él hubo recitado,
Aventuró la esposa estas palabras:—
En este instante, Meier, un insano
Negro pesar me abate, me tortura,
Llena mi pobre pecho; tú eres sabio,
Tú eres fuerte, rabí, tú eres un hombre;
Y un buen consejo de tu amor reclamo.—
Habla! . . . . qué tienes?—Y la pobre esposa,
Escucha—dijo—su emoción ahogando.—
Un ser desconocido, hace ya tiempo,
Dos diamantes soberbios en mis manos,
Dos diamantes, rabí, bellos, divinos!
Dejó como depósito sagrado,
Y lleno de confianza partió luego . . . .
Desde entonces pasáronse diez años;
Los contemplé y amé más cada día,
Y siempre el corazón me iluminaron
Las joyas de pureza incomparable
Con sus hermosos, con sus dulces rayos . . . .

Nunca me figuré que restituirlos
Debiera un día: los amaba tanto!
Y en mi cándido amor, los creí míos,
Mas, ay! . . . . que, de repente, el propietario
Ha venido: sus joyas me reclama . . . .
Y yo vacilo y dudo; esposo amado,
¿Será preciso, dí, que restituya
Los dos bellos diamantes que idolatro? . . . .
Devuélvelos! . . . . Devuélvelos al punto!
El rabí respondió, estupefacto;
¿Cómo puedes pensar un sólo instante
En guardar el depósito sagrado? . . . .
La valerosa madre entonces dijo,—
Al descubrir con temblorosa mano
Los diamantes confiados á su guarda,
Los dos inertes cuerpecitos blancos,—
Mira sobre este lecho! . . . Era un depósito . . .
Y lo volví, pues Dios lo ha reclamado!—

París, 1900.

OCEANO NOX

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Ah, cuánto marinero que, animoso,
Dejara un día sus tranquilos lares
Para surcar los procelosos mares,
En el negro horizonte se perdió!
Cuántos marcharon de esperanza llenos
Y de ilusión, en pos de la fortuna:
Y en una noche lívida, sin luna,
El oceano fatal los devoró!

Cuántos náufragos, ay! . . . . Vino sobre ellos
El huracán en hora inadvertida,
Y las páginas todas de su vida
De un soplo sobre la onda dispersó.
Vencedor el abismo en el combate,
Cada ola tuvo su botín sombrío:
Una ola enorme sepultó al navío,
Al marino infeliz la otra cubrió.

Ninguno sabe donde están . . . . Mecidas
Por las olas irán sus formas yertas,
Y golpearán allí sus frentes muertas
Los escollos innúmeros del mar.
Cuántos padres ancianos, cuántas madres
Que vivían un sueño acariciando,
En la playa murieron, esperando
A los que nunca vieron regresar!

A veces en las íntimas veladas,
Por otros brazos su cintura asidas,
Los recuerdan aún sus prometidas,
Mientras silbando el huracán está.
Aun al narrar historias de aventuras
Y tragedias del mar, alguien los nombra.
Despertando recuerdos que la sombra
Del olvido comienza á cubrir ya.

Se preguntan: dó están? . . . A dónde han ido? . . .
Al patrio suelo volverán un día? . . . .
De ellos, á veces, se habla todavía,
Mas su recuerdo al fin se borrará.
El cuerpo se perdió; y en la memoria
También el nombre quedará perdido:
Otra ola el tiempo, la del negro olvido,
Sobre el mar infinito arrojará!

Sólo las viudas de semblantes pálidos,
—En esas noches en que el techo cruje,
Y la tormenta desatada ruje,—
Haciendo rueda en torno del fogón:
Mientras furioso el oceano brama,
Hablarán de los muertos, suspirando . . . .
Del hogar las cenizas agitando,
Y al par las de su triste corazón

Después, cuando ellas mueran, esos nombres
No los sabrá ninguno; ni siquiera
El sauce, cuya verde cabellera
Del hombre abriga la postrer mansión;
Ni una piedra en el pobre cementerio;
Ni el mendigo que canta con doliente
Voz temblorosa junto al viejo puente
Su sencilla, monótoma canción.

Los marinos dó están que naufragaron
En las lúgubres noches tormentosas? . . . .
Sus trágicas historias dolorosas,
Que el abismo profundo ha de guardar,
Cuando sube, rugiente, la marea,
Se las cuentan las olas agitadas . . . .
Y esas las voces son desesperadas
Que en la alta noche nos envía el mar.

París, noviembre de 1900.

FANTASMAS

DE VICTOR HUGO.

Cuántas jóvenes, ay! morir he visto! . . .
Es el fatal decreto de la suerte
Que la vida, en un término previsto,
Sirva de presa á la insaciable muerte!

Bajo la hoz se acuestan las doradas
Espigas; las parejas amorosas,
En el alegre vals, no ven que holladas
Por ellas, á sus pies, mueren las rosas.

El envidioso abril, con sus heladas,
Marchita sin piedad en la pradera
Del manzano á las flores estrelladas,
Nieves, llenas de olor, de primavera.

Del bochornoso estío el sol radiante
Seca el risueño arroyo cristalino:
El relámpago dura un sólo instante . . .
Nacer para morir: es el Destino!

Cuántas han muerto ya! . . . Una tenía
Del ángel los encantos ideales;
Y pensativa siempre, parecía
Que escuchaba conciertos celestiales.

Ardía en otra misteriosa llama:
Y el alma rompió el cuerpo delicado,
Como una ave, al volar, rompe la rama
En que un momento había descansado.

Una inclinaba la serena frente
Con la expresión de un ángel que suspira . . .
Se extinguió, como un canto, — dulcemente
Sobre las cuerdas muere de una lira.

Otra, pálida y mustia como un lirio
Que el calor estival ha marchitado,
Con queda voz decía en su delirio
Un nombre . . . ya por todos olvidado.

Ah, flores del Edén, llenas de aromas!
Dulces alondras, de gracioso vuelo
Y de divina voz! . . . . Blancas palomas
Que un instante prestó á la tierra el cielo!

Ah, cómo! . . . Muertas todas . . . acostadas
Bajo la losa de la tumba fría! . . .
Y mudas esas voces! . . . Y arrancadas
Las flores que vivieron sólo un día! . . .

Cuando en las noches voy á las desiertas
Selvas, mi labio con amor las nombra;
Y vienen hacia mí las dulces muertas,
Y me escuchan y me hablan en la sombra.

Sin sufrir de la vida los enojos,
Guardan aún sus terrenales galas;
Y veo la luz pura de sus ojos,
Mientras oígo el susurro de sus alas.

Y se pregunta mi alma enternecida,
Doliente hermana de sus sombras bellas,
Si ellas aun cruzan, como yo, la vida . . .
O si en la tumba no estaré con ellas . . .

Hubo entre todas, una.—Sér alado:
Ojos de criolla, como el sol ardientes:
Níveo seno de virgen, agitado
Por ingenuos suspiros inocentes.

Un ángel, una joven española;
Risa infantil, mirada sin engaños,
Y el misterioso encanto, la aureola
Que rodea una frente de quince años.

No fué el amor el que tomó su vida:
Su alma pura el amor aún ignoraba;
Y si por todos era muy querida,
Decírselo al oído nadie osaba.

Tan sólo por el baile, entusiasmado
Sintió su corazón; y triste suerte!
El baile que ella amaba demasiado,
La causa fué de su temprana muerte.

Esas fueron sus solas alegrías,
Pobre ángel! . . . Si algún baile se anunciaba,
En él pensaba sin cesar tres días:
En él tres noches con afán soñaba.

Y las polkas, los valses cadenciosos,
Lentas gavotas y minués risueños,
Como alados enjambres rumorosos,
Venían á llenar todos sus sueños.

Y luego, los listones, los encajes,
Las alhajas de vivos resplandores:
Los transparentes, deliciosos trajes,
Y las más bellas y fragantes flores! . . .

Llegaba, al fin, á la esperada fiesta:
Y al comenzar las danzas melodiosas,
Estallaba, á los sones de la orquesta,
Su corazón en músicas gozosas.

Cual doble estrella que tras nube obscura
Con luz intensa en el espacio brilla,
De sus ojos brillaba la luz pura
Tras el negro crespón de la mantilla.

Bailaba: y era tan graciosa y bella,
Que al mirarla, el más grave sonreía;
Bailaba sin cesar: y todo en ella
Era risas y danzas y alegría!

Sentíase feliz, arrebatada
Del suelo casi, por el vals sonoro;
Por la música y flores embriagada,
Y por las luces y los lustros de oro.

Y loca de placer, ya no sabía
Si aun en la tierra ó en el aire estaba:
Si en ola que girara se movía,
O si una nube al cielo la llevaba.

Mas, ay! . . . á la llegada de la aurora,
Preciso era partir, roto el encanto,
Y dirigirse, lenta y soñadora,
Hacia el umbral, para esperar su manto.

Y mientras el Oriente se teñía
Con suaves arreboles de oro y grana,
En su espalda desnuda ella sentía
El aliento glacial de la mañana.

Después? . . . Llegaron, ay! . . . los tristes días . . .
La hora fatal! . . . Adiós, oh seductores,
Ligeros trajes! . . . danzas, alegrías,
Músicas, joyas y aromadas flores!

Ah! . . . sucedió la tos á las canciones:
Y la fiebre á los bailes encantados;
Y á los ojos brillantes de ilusiones,
Los ojos para siempre ya cerrados!

Murió! . . . á los quince años, adorada!
Muerta al salir de un baile! . . . la sombría
Parca la asió, cuando ella preparada
Para bailar estaba todavía.

Sus frías manos, ay! con tal presteza
Aquel cuerpo gentil fieras tomaron,
Que las flores que ornaban su cabeza
En el blanco ataúd se marchitaron!

Oh jóvenes del baile enamoradas,
Pensad en la que ya se encuentra sola,
Durmiendo entre las rosas deshojadas! . . .
Recordad á la joven española!

Pasó llena de gracia y de pureza,
Cosechando, de gozo estremecida,
Amor, placeres, juventud, belleza . . .
Todas las dulces rosas de la vida.

Y cuando de esa vida apasionada,
Soñaba fiestas, músicas, amores . . .
Todo acabó! . . . La niña infortunada
Cual Ofelia murió, cortando flores!

París, 1900.

EL ÍDOLO

TRADUCCION DE AUGUSTE BARBIER.

Cuán hermosa era Francia, ah, Corso pálido,
Bajo el brillante sol de mesidor! . . .
Era un corcel indómito y rebelde
Sin freno y sin señor.
Humeando con la sangre de los reyes,
Mas siempre audaz y á su destino fiel,
Con sus cascos hería el suelo antiguo,
Libertado por él.
Aun no había una mano dirigido
Sus ímpetus y ardor,
Ni llevado sus flancos poderosos
La silla y el arnés del vencedor.
Con su cola magnífica azotaba
Sus piernas impacientes sin cesar;
Y cuando relinchaba, el viejo mundo
Poníase á temblar! . . .

Mas tú, oh Corso de cabellos lacios!
Apareciste al fin;
Y al verlo tan altivo y tan valiente,
Empuñaste su crin:
Y centauro animoso, más osado
Todavía que él,

Sobre el dorso saltaste de aquel libre
E indómito corcel.
Como amaba la gloria, los combates,
Las armas, el rugido del cañón,
Por campos de carrera tú le diste
Del mundo la extensión.
Desde entonces, ni el sueño ni el reposo
En su labor terrible conoció;
Y cual si arena fuese, día á día,
Sobre cuerpos humanos galopó,
Quince años se le vió, bañado en sangre,
Su carrera demente continuar,
Y con su duro casco de los pueblos
Las frentes triturar.
Quince años, por doquier, á toda brida,
Cual meteoro terrífico pasó;
Y como el polvo el huracán levanta,
A todo el universo removió! . . .
Más, al fin, agotado, sin aliento,
No pudiendo su marcha ya seguir,
Gracia imploró de su ginete corso . . .
Pero su voz tú no quisiste oír.
Diez veces más tu espuela ensangrentada
En sus flancos se hundió:
Diez veces más tu látigo implacable
Su temblorosa grupa castigó:
Y sofocar queriendo, cruel verdugo!
Sus gritos de dolor,
El freno removiste entre su boca,
Rompiéndole los dientes con furor! . . .

Pero por fin, un día de batalla,
Moribundo, el corcel se desplomó
Sobre un ardiente lecho de metralla,
Y con su peso enorme te aplastó!

París, diciembre de 1900.

EN EL CREPÚSCULO

Fatigado peregrino con la planta dolorida,
De la meta ya no lejos en la senda de la vida,
Por un solo, breve instante, me detengo á descansar . . .
Con esfuerzo doloroso subí la áspera colina,
Y contemplo el ancho valle ya lejano, que ilumina
Vagamente la indecisa, triste luz crepuscular.

Yo contemplo, con intensa, melancólica mirada,
Las etapas recorridas en esa árida jornada,
Que con ánimo sereno ya muy pronto rendiré;
Yo contemplo desde lejos, conturbado, conmovido,
Los lugares do he gozado, los parajes do he sufrido,
Y do mi alma por pedazos, loco ó cándido, sembré.

Son tan caros los recuerdos de las épocas lejanas!
En las tardes nos parecen tan hermosas las mañanas!
Encontramos tan dichoso todo tiempo que pasó! . . .
Y tan dulces los aromas de las hojas marchitadas,
Y los ecos inextintos de las voces ya calladas,
Y los cantos melodiosos de la alondra que voló!

Allí quedan los parajes luminosos y risueños
Do pasé, la joven frente coronada por los sueños,
En los ojos la esperanza y en los labios la canción:
Sobre mí todos los astros, á mis pies todas las flores,
Y cantando, como un coro de celestes ruiseñores,
Las divinas ilusiones en mi núbil corazón;

Y la senda que subía bajo el sol de la mañana,
Derramando las fanfarrias victoriosas de la diana,
Cuando todo á mis anhelos parecia sonreír;
Y con paso vigoroso proseguía mi camino,
Fe teniendo en la justicia del estúpido Destino,
Y marchando á la conquista del obscuro porvenir . . .

Ah, cuán triste es ver de lejos los lugares encantados
Que otros cruzan amorosos, y sintiéndose embriagados
Por la savia de la vida que les llena el corazón!
A toda hora se levanta misteriosa melodía
De sus almas juveniles, donde brota día á día
La flor dulce, delicioso don del cielo, la ilusión.

Son para ellos de las aves las ocultas cantilenas,
Los perfumes de las suaves, amorosas ciclamenas,
La poesía de las noches y del día el esplendor;
Son para ellos las canciones de las fuentes rumorosas.
Los conciertos de las auras en las selvas silenciosas,
Y las voces infinitas que doquier dicen: Amor!

Revivir, ah, quién me diera la bella época pasada! . . .
Quién volver atrás pudiese, comenzando la jornada! . . .
Pero nó . . . que su indeleble sello en mí puso el dolor:
En mi pecho llevo siempre la incurable, cruel herida;
Y al vaciar entre mis labios la áurea copa de la vida,
Se tornó en amargo acíbar el dulcísimo licor.

Son efímeras las dichas, los pesares son eternos;
Vuelan, ay, las primaveras, lentos pasan los inviernos;
Son cual gotas las venturas y el dolor es como el mar . . .
La ilusión es un fantasma: lo que el hombre vida nombra
Tan sólo es el triste sueño fatigoso de una sombra . .
Y me siento ya sin fuerzas, y mi anhelo es descansar.

Ya el sol de oro se ha ocultado tras las cimas de los montes . . .
Ya se pierden los lejanos y profundos horizontes
En las brumas de la noche que va pronto á comenzar . . .
Pues cercana está la meta,—fatigado peregrino,
Apresura el lento paso, llega al fin de tu camino,
Y hallarás el dulce sueño que no tiene despertar.

París, mayo de 1901.

LA AMADA

FANTASIA

Era la noche, una de las noches más tristes que jamás he visto: noche sin astros y sin brisas, sin aromas ni rumores. Cayó brusca y pesadamente. El sol agonizaba sin poesía ni gloria, en el límite de un cielo gris, opaco, de opresora melancolía. Cual en la vida de tantos hombres, que soñaran un dulce y apacible ocaso, y que la sombra invade repentinamente, un nubarrón obscuro y ominoso envolvió al astro en manto de tinieblas, y en el cielo y en la tierra se apagó el día, como traidoramente asesinado. Aun luchó algunos instantes: en mi aposento, un rayo de luz se asió á los espejos, á las chapas de las puertas, á los prismas de los vasos, al cristal de las ventanas; vaciló, se extinguió, reapareció un momento más, luego murió. . . . Y la noche se hizo.

Sentado en mi sillón, en el silencio y en la sombra, seguí soñando y recordando . . . .

Era ese día un aniversario de mi nacimiento. Cuántos años cumplía? . . . . No lo sé bien; el número, qué importa? Hay hombres de cabellos blancos que son niños; y los hay que, siendo todavía jóvenes, llevan dentro del pecho un corazón que se les muere. Estos son los verda-

deros viejos. Si en mi jardín no cantan las cigarras, si palidecen ya los astros de mi cielo, si pronto van á callar en mi alma todas las divinas voces, si comencé á bajar la colina muy antes que los otros, tal vez porque más aprisa la subí, y si ya se hizo para mí el crepúsculo, cuando para otros es aún el mediodía, ... á qué contar los años? . . . Tengo la edad en que se sufre, en que se sueña ya poco, en que ya nada se espera . . . .

Así pensaba, solo, en silencio, borrado de los seres por la Noche, la dulce precursora de la Nada . . . .

* * *

Envuelto en la tiniebla, no percibiendo cosa alguna en torno mío, los ojos del misterioso sér extraño que en mí habita, de la Psiquis que pliega sus alas, impaciente y dolorosa, en el seno de la mísera crisálida, se abrieron hacia el pasado profundo, despertando el enjambre rumoroso de los recuerdos, y trayéndome la visión de las dulces cosas idas, de los tiempos que no pueden ser ya . . . .

Las memorias de los seres y las cosas se presentaban á mi espíritu, netas las unas, precisas, claras, palpitantes, como paisajes bañados por un sol de primavera; otras pasaban confusas, vagas, indecisas, cual fantasmas evocados á la pálida luz de una luna espectral.

De un pasado remoto, muy remoto, surgió mi recuerdo: el de un joven, casi un niño, tímido, triste ya, tembloroso ante la vida, sufriendo sin saber por qué, quizás por el presentimiento misterioso del Destino, ó cual si el dolor fuera una función natural y propia de su sér, como el canto en las aves ó el aroma en las flores, teniendo en su organismo enfermo el germen de la neurosis que el tiempo había de tornar aguda, mal armado para la áspera lucha

que comenzaba, dotado de una sensibilidad mórbida, excesiva, viéndolo todo en mágico espejismo con la ingenua y asombrada pupila del poeta, arrobado ante una ave que volara, una flor que se abriera, una estrella que palpitara en el cielo, estremeciéndose al roce de un traje de mujer, lleno á la vez de sensualidad é idealismo, místico al par que iconoclasta, levantando altares que adoraba y pisoteaba pronto con amargo desdén, persiguiendo con anhelo febril una felicidad suprema y misteriosa, que no sabía cómo era ni en donde se encontraba, modulando á toda hora su canto, que luego terminaba en sollozo, amando á la profunda noche más que al día triunfal, y más que al placer á la melancolía, pero ocultándolo con banal y sarcástica risa, por pudores del alma, que velaba sus tristezas como sus desnudeces una virgen, vibrante siempre de entusiasmo, de esperanza, de amor ó de piedad, siempre iluso, apasionado siempre, hijo impetuoso del romanticismo que ya estaba en su ocaso, teniendo á menudo en los ojos una lágrima de Rolla y un suspiro de Werther en el pecho, y bastándole cualquiera cosa, la vaga nota de una lejana canción, una nube que se esfumara en el cielo á la hora del crepúsculo, una vela vista á lo lejos sobre el mar infinito, el *frou-frou* de un vestido que pasara junto á él, una endecha de Lamartine ó una estrofa de Hugo, para que el alma dolorida extendiese sus alas palpitantes, y escapándose de la tierra, se fuese á divagar por los alcázares del sueño. . . . .

Era *ése* yó? . . . .Apenas podía creerlo: más bien lo recordaba en ese instante como á un hermano, que hubiese muerto joven, allá en el lejano tiempo, y cuya memoria, ya vaga y poco precisa, hoy la evocara con lástima y cariño . . . .

* * *

Me ví. Era una tarde transparente y límpida. El sol moria entre arreboles recamados de oro. Tenía el cielo todos los colores de la paleta divina. A lo lejos se destacaban las siluetas monstruosas de los volcanes; y junto á mí la vieja Ermita soñaba, dominando el valle que largo espacio contempló desierto, y en el cual surgió un día, como en los cuentos orientales, "la ciudad de las casas blancas y los árboles, que es como un nido de perlas y esmeraldas." Bajaba la colina hollando la grama fresca: y *Ella*, la Amada, marchaba también, delante de mí. Su saya era corta todavía y no ocultaba sus menudos pies de Cinderella; era blanco su traje, como la espuma del mar, como los lirios del valle, como la nieve de las cimas, como las alas de las palomas, como su alma, armiño aún no manchado por el fango de la vida; sobre su *pañolón* caían dos opulentas trenzas castañas, con reflejos ambarinos de oro leonado; y en su cabecita descubierta ponía un nimbo el moribundo sol. La volvía hacia mí de vez en cuando; y yo tenía la rápida visión de un semblante que hubiera querido contemplar de hito en hito la eternidad entera. En esos instantes palidecía yo profundamente, y mi corazón cesaba de latir, cual si toda la vida de mi sér se hubiera refugiado en mis ojos . . . . Cual era su nombre? Se llamaba Cosette, Ofelia, Margarita, Julieta, Beatriz, Laura y Eloísa: era la novia blanca, la dulce prometida, la cantada por todos los poetas, la flor divina de la existencia humana, que aun guardaba en su cáliz el rocío del cielo; era la luz, era la aurora, era el ensueño, era el primer amor . . . .

* * *

Salté un período de mi vida, y otra vez me ví en una época, menos remota, pero muy lejana aún . . . . Es también una tarde: marchamos juntos en una ciudad llena de ruinas melancólicas; y vemos á nuestro paso fachadas

de iglesias llenas de santos mutilados, altas bóvedas en cuyas grietas brotan extrañas vegetaciones, sembrados por el suelo restos de frisos, ojivas y capiteles, ventanas obstruídas por lianas y enredaderas, nichos desde los cuales bendecían antes los hieráticos obispos, y en los que hoy arrullan sus nidadas las golondrinas, y claustros silenciosos, desiertos en el día, pero que deben de poblarse, allá por la media noche, de fantasmas con blancos mantos ó capuchas grises . . . . Llegamos á la Alameda solitaria, cuyos árboles vieron un día á los apuestos hidalgos con justillos de seda y ferreruelos bordados, barrer la tierra con la pluma del chambergo, al saludar á las calesas y forlones, en cuyos arneses tintinabulaban campanillas de oro . . . . La que marcha junto á mí es Ella, es la Amada, es la que tiene

La celeste expresión de una madona,
La tez morena de la criolla ardiente,
Y un no sé qué de puro, que corona
su pensativa frente . . . .

Yo grave, casi triste á fuerza de dicha, camino á su lado, silencioso, estremecido mi brazo al contacto del suyo. En las nubes blancas que festonan el espacio azul figúrome ver las alas de ese ángel que según el poeta se está de pie, en la puerta de la alcoba nupcial, sonriendo misteriosamente con un dedo en los labios. Cerca de nosotros, ocultos en el follaje, dos tórtolas gimen; de mi corazón se levanta un canto como jamás lo había oído, como nunca, después, lo volví á oír; y en torno nuestro el ambiente está impregnado con el aroma de invisibles azahares . . . .

* * *

Luego me contemplé en extraño suelo, en un país del Norte, cuyas brisas no eran las brisas de mi patria, cuyo idioma no era ya el idioma mío. Entre esa tierra y la tierra que habitara existía al ancho y profundo mar; y entre mi presente y el pasado un abismo todavía más ancho y más profundo. . . . La primavera comenzaba: ¡oh, el alto cielo límpido, el aura fresca y deliciosa trayéndonos el aliento de las flores nuevas, las casas ocultas por las rosas, entre las cuales se asomaban blondas crenchas, perladas bocas y dulces ojos de vergiss-mein-nicht, los enjambres de niños corriendo entre los árboles, el zumbido de las abejas, el aleteo de los nidos, la intensa alegría de vivir! . . . Corría la rápida carretela: el látigo en el aire crepitaba, y la animosa yegua trotaba sonora sobre la blanca ruta. Junto á mí había un corpiño rosado, un sombrerito de paja color de lila. . . . Más de prisa, más de prisa aún! . . . . Crucemos el llano, lleguemos al bosque rumoroso. El sombrerito lila cantaba una canción, en boga entonces:

Call me darling once again!
Let the-past be all forgot. . . .

El pasado! . . . . Sí, dejémoslo atrás, como dejamos el llano ya, sin volver la vista á él. Es la primavera, es la Pascua, es la Resurrección: cantemos el hosanna de la vida! Sigamos corriendo en la tarde aromada y luminosa; de prisa, más de prisa aún! Crucemos el bosque y lleguemos á la playa donde muere el mar. . . .

El sombrerito lila cantaba:

Smile, like sunlight after rain. . . .

Sí, sonriamos á la vida, aunque sea á través de nuestras últimas lágrimas, comó brilla más pura y más

radiosa la luz del sol, cuando se serena el cielo, después de la tormenta. . . .

* * *

Vínome después el recuerdo de una noche, de una noche abrasadora del estío, en que el cielo, el cielo de Italia! ardía en astros amorosos. Estaba como ébria la Naturaleza: ráfagas fosforecentes rasgaban á cada instante la gran sombra, las estrellas palpitaban como corazones y hasta las ciclamenas, que huelen á virgen, esparcían un aroma penetrante y lascivo. Veía cerca de mí erguirse la mole inmensa del Revard, y al lado opuesto la masa desmedida de los Alpes, coronada por la alta cima del Dent-du-Chat. . . . El lago estaba terso, tranquilo, rizado apenas por la brisa, que nos traía á intervalos, en ecos melodiosos, la música de los casinos. Fué una noche divina: por qué no morí en ella?. . . .

Yo remaba cadenciosamente.—Ven junto á mí,—me dijo la Amada. Dejé los remos y tomé sus manos. El ramillete de ciclamenas que se moría sobre su seno, derramaba un perfume inquietante y turbador. . . . "Dime algo, ¡oh, mi querida! En inmortal endecha, un joven semidios cantó este lago: la noche es toda poesía y amor toda! Repite á las ondas lo que les dijo el trovador melancólico en los tiempos de antaño; ellas deben recordarlo todavía. . . ." Y oí su voz que en el aura de la noche ardiente, derramaba los versos melodiosos:

Ainsi, toujours poussés vers de nouveaux rivages,
Dans la nuit eternelle emportés sans retour,
Ne pourrons nous jamais sur l'océan des âges
Jeter l'ancre un seul jour?

Oh, nó! . . . . La barca sigue alejándose, llevada por la corriente inexorable de la vida: quedan atrás las riberas deliciosas, los frescos oasis, los parajes donde fuimos felices, y en cada uno de los cuales sembramos un poco de nuestro corazón.

Ella continuaba:

O temps, suspends ton vol: et vous, heures propices,
Suspendez votre cours . . . .

Vana apelación! . . . . Voló el tiempo feliz; la noche inolvidable está muy lejos ya, y aquel amor se ha ido. . . . á donde va el aroma de las flores que expiran y la luz de las estrellas que mueren . . . .

L'homme n'a point de port, le temps n'a point de rive;
Il coule et nous passons! . . . .

. . . . . .

Evoqué otras memorias más, oh cuántas, cuántas! . . . . Me ví una tarde, perseguido por perladas risas, galopando sobre un mulo reacio en la ruta de Robinson, mientras aderezaban en la copa del árbol la mesita de blanco mantel, sobre el cual se reflejaban, en manchas luminosas, el topacio y el rubí de las botellas, heridas por un rayo de sol. Me ví una noche, deslizándome en silencio sobre el agua negra, puntillada de oro, que baña los muros de los viejos palacios, mientras pasa junto á nosotros otra góndola, fantásticamente iluminada, en la que un coro armonioso eleva una canción en el dulce dialecto veneciano. Me ví en el veglione, llevando el blanco traje de Pierrot, el pálido amante de la luna, y vigilando inquieto á Colom-

bina, que dardea negros rayos á través de su careta de terciopelo, hacia un odioso Polichinela, cuyas bolsas profundas despiden el melódico sonido de monedas que danzan. Me ví en el Bosque . . . . ya en los divinos crepúsculos de otoño, pedaleando con vigoroso ritmo sobre mi corcel de acero, y viendo huir rápidamente bajo mí la blanca ruta, embriagado de oxígeno, de movimiento y libertad . . . . ya en las noches encendidas, cuando en la obscuridad marchan los carruajes lentamente, derramando en torno suyo rumores de besos y suspiros, y estertores de agonías deliciosas y pequeños gritos de supremos espasmos, mientras la brisa trae los ecos de las sonatas que á lo lejos brotan bajo el arco epiléptico de los tziganes . . . . Y me ví—memoria entre todas dulce y triste! . . . en las gélidas noches del invierno, bañado mi libro por la luz rosada de la lámpara, junto á la chimenea donde crepitan los alegres leños, llenando de reflejos móviles los muros del saloncito tibio y grato, mientras por fuera el viento silba con furia, y los copos de nieve, revoloteando locamente, vienen á estrellarse contra los vidrios de la ventana . . . .

Y aquí, allá, en todas partes, Ella, la Amada, estaba cerca de mí . . . .

Así soñaba, solo, en el silencio y en la sombra . . . . Sentíame con fiebre, las sienes me latían, golpeaba con furia su cárcel estrecha el corazón sufriente . . . . La noche me envolvía . . . .

De repente se hizo una iluminación cerca de mí: la luna se había levantado tras la sierra, y un rayo pálido penetraba en mi aposento. En ese haz de blanca luz comenzaron á bosquejarse mil formas vagas, que, poco á poco, se definieron, se precisaron ante mi pupila, dilatada por la fiebre; y en el rayo de luna aparecieron todos los semblantes amados, todas las formas poseídas, albos torsos,

curvas voluptuosas, senos marmóreos, nucas sombreadas por locos rizos, manos cuya presión me era tan dulce, pies cuyos pasos conocía de lejos; cabelleras negras como la noche, rubias como lo luz matutina, rojizas como la melena de un león joven; arreboladas mejillas, de naciente dalia, pálidas mejillas de nardo moribundo; cuellos blancos y morenos, cuellos lascivos de Rubens, cuellos virginales y delicados de Greuze; bocas graves y tristes, bocas que al sonreír eran estuches rojos de orientales perlas, bocas fruncidas deliciosamente en la oferta del beso, labios entreabiertos por espasmo voluptuoso, vibrando como un dardo, una hoja erecta de encendida rosa; dulces ojos de turquesa enferma, ojos negros constelados de puntas de oro, ojos altivos é imperiosos, armados de puntas de acero, que mandan y que exigen, tiernos ojos que piden é imploran á través de una temblorosa lágrima. . . . todos los ojos que adoré. . . . los que hoy miran á otros en lejanas tierras. . . . y algunos que la muerte cerró ya. . . .

Esos dulces fantasmas eran Ellas, las que amé durante muchos años, las que amara un mes, las que amé durante un día, las que una hora de mi vida amé. . . .

Y de repente, todas las formas se compenetraron, se fundieron en una, y en el pálido rayo de luz blanca quedó un solo fantasma, de semblante fatigado y marchito, de mirada dolorosa, de sonrisa triste. . . .

La conocí. Era ella la que había arrebolado mis crepúsculos y constelado mis noches, la que había puesto notas en mi lira y cantos en mi corazón, la que llenaba mi jardín de flores de sueño y mariposas de oro, la que en mi obscuro horizonte levantaba el arco-iris celeste cuando la tempestad pasaba, el ave del paraíso, que en su pico me traía diariamente el pan de la ilusión, la que hacía que mi

alma, como la zarza del Sinaí, ardiera siempre sin consumirse nunca, la que, en el fondo de mi espíritu, encendía el sol sin ocaso de los cielos polares, mi infatigable proveedora de quimeras, el hada misteriosa que construía para mí, en las regiones del ensueño, los alcázares divinos, la que extendía su sonrosado manto entre mis ojos y las tristes realidades de la vida, la que me hacía sonreír, cantar, soñar, amar: amar, sobre todo: amar siempre, y en cada amor dar toda el alma! . . . . Era Ella, la única, la eterna Amada, ... era mi juventud.

Palidecía el rayo de luna más y más. . . . Y el dulce fantasma tenía en la mirada la inmensa tristeza de una despedida, el dolor infinito de un adiós.

Entonces me sentí inconforme, desesperado, moribundo de angustia y de pesar. . . . Quise hablar, y un sollozo embargó mi garganta. . . . Quise asirla, detenerla, impedir que partiese, que me dejara solo en la vida implacable. . . . y caí de rodillas, y tendí hacia ella los brazos, en una imploración desesperada y muda. . . .

El pálido rayo de luna se extinguió, y en torno mío se hizo la fosca, densa, impenetrable noche. . . .

Solo, en silencio, perdido entre la sombra, lloraba yo profundamente. . . .

. . . . . .

ABRIL DE 1899.

ÍNDICE

Página

Acuérdate de mí!—(Traducción de Alfred de Musset)... 3
Visión 5
Traducción de Víctor Hugo..... 9
El Sueño de una Virgen 11
Si Tuvieran Alas.— (Imitación de Víctor Hugo) 19
A Homero.— (Oda) 21
El Resucitado.— (Versión libre de una «Contemplación,» de Víctor Hugo) 25
Dos Almas 33
Balada á La Luna.— (Traducción Libertina de A. de Musset) 35
Creer ó Soñar? . . . — (Traducción de Víctor Hugo) 41
Quiero Morir . . . — (Del italiano) 43
Adiós 45
Soñar . . . ? 49
Gracias.— (A Becky) 51
Las Campanas.— (Versión libre de Edgard A Poe) 55
La Historia del Carpintero 61
Una Visita de San Nicolás 65
Tú y Yo 69
Confidencia 71
Ruinas del Corazón.— (De F. Copée) 73
Recuerdas? — (De T. Moore) 75

Página

Los Duendes.—(Traducción libre de Víctor Hugo) 77
Veni, Vidi, Victus Fui 87
Cosas idas 95
«Stela Confidenta.» 97
Beruria.—(Traducción de G. Porto-Riche) 99
Oceano Nox.—(Traducción de Víctor Hugo) 103
Fantasmas.—(De Víctor Hugo) 107
El Idolo.—(Traducción de Auguste Barbier) 113
En en el Crepúsculo 115

La Amada.—(Fantasía) 119

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD AUXILIARY LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(415) 723-9201
All books may be recalled after 7 days

DATE DUE